



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

EL CASTILLO DE LOS AHORCADOS

Joseph
Berna



PRIETO
MURIANA

TERROR &



© JOSEPH BERNA

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto

PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

Publicación semanal

Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-01298-6

Depósito legal: M. 9.057 - 1978

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafraanca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (MADRID)



**EDITORIAL
ANDINA. S.A.**

**EL CASTILLO
DE LOS
AHORCADOS**

Joseph Berna

TERROR

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

S

TEVE Connors paseaba por Hyde Park, acompañado de Larry Dexter, su inseparable amigo.

La noche no era demasiado grata, pues el cielo estaba cubierto de nubes.

Unas nubes densas, plomizas, que se desplazaban con cierta rapidez.

Había estado lloviendo casi toda la tarde y, aunque había cesado de llover hacía un par de horas, las calles de Londres continuaban mojadas.

El ambiente era terriblemente húmedo.

Steve Connors tenía veintisiete años de edad. Era un tipo alto, moreno, de facciones correctas, más bien delgado, pero en absoluto débil. Bastaba darle una fugaz ojeada para adivinar que su alargado cuerpo almacenaba una gran cantidad de energía. Vestía ajustados pantalones tejanos, botas de media caña, y una cazadora de piel, negra, en cuyos bolsillos llevaba metidas las manos.

Larry Dexter era algo más bajo que Steve, pero, en cambio, su cuerpo tenía una mayor anchura. Había cumplido ya los veintinueve años, y tenía el pelo oscuro, como Steve.

Sus facciones eran toscas, pero distaban mucho de ser desagradables. El enorme bigote, de puntas caídas, le daba un cierto aire cómico. Más cómica aún, sin embargo, resultaba la gran gorra a cuadros que llevaba sobre su cabeza, calada hasta las orejas.

Larry le tenía tanto cariño a su gorra, que solo se la quitaba para dormir, y no siempre. Un chaquetón marrón, unos gruesos pantalones grises, y un par de zapatones de piel de cocodrilo —calzaba nada menos que un cuarenta y cuatro—, completaban su indumentaria.

Steve y Larry caminaban despacio.

Callados.

Como si algo les preocupara.

Y así era.

Les preocupaba, y mucho, el hecho de haberse quedado sin trabajo.

Los habían puesto en la calle, a los dos, apenas tres días antes.

Por una tontería.

Al menos, así opinaban ellos.

El encargado de la empresa de transportes donde Steve y Larry habían prestado sus servicios durante los últimos meses, no opinaba igual, desde luego.

Por eso les despidió al día siguiente de encontrarse, casualmente, el camión asignado a Steve y Larry abandonado en la carretera.

El encargado detuvo su automóvil, se apeó de él, y esperó pacientemente a que Steve y Larry aparecieran y explicaran por qué habían dejado el camión en la carretera, sin vigilancia alguna.

Steve y Larry aparecieron, casi una hora después, por entre unos árboles.

El primero rodeaba con su brazo los desnudos hombros de una rubia de rostro descarado y curvilíneas formas. El segundo, llevaba por la cintura a una pelirroja de rostro igualmente atrevido y cuerpo no menos explosivo.

Los cuatro iban muy alegres.

No hizo falta que Steve y Larry explicaran nada.

El encargado lo adivinó todo al instante: aquellas dos frescas habían hecho auto-stop en la carretera, Steve y Larry detuvieron su camión, y les permitieron subir a la amplia cabina.

Amplia para dos personas, sí.

Para cuatro, más bien estrecha.

Entre eso —el viajar tan pegaditos—, y que las chicas lucían blusas de escote prodigioso —casi mostraban el ombligo—, y falditas de apenas un palmo de longitud, era fácil suponer lo que pasó al poco de reanudar la marcha.

Steve y Larry comenzaron a propasarse con las chicas y ellas, en vez de frenarles, aceptaron complacidas las caricias.

Y como en la cabina no había suficiente espacio para acabar aquello como debía acabarse, Steve y Larry detuvieron el camión a un lado de la carretera, descendieron de él, se adentraron con las chicas por entre los árboles, y allí se divirtieron los cuatro cuanto quisieron.

El encargado, enfurecido, los puso a los dos de patitas en la calle a la mañana siguiente.

Steve y Larry intentaron ablandarle de mil maneras distintas, pero no lograron nada. El encargado se mantuvo inflexible y ellos tuvieron que dejar la empresa.

Durante los tres últimos días, habían tratado de hallar un nuevo empleo, pero no les acompañó la suerte.

Y sus reservas económicas, habitualmente escasas —Steve y Larry no eran nada ahorrativos—, estaban a punto de agotarse.

O encontraban pronto trabajo, o empezarían a saber lo que es pasar hambre.

El gesto de preocupación que se advertía en los rostros de Steve y Larry estaba, pues, plenamente justificado.

De pronto, Steve Connors se detuvo y miró a su amigo.

Larry Dexter también se paró.

—¿Ocurre algo, Steve? —preguntó, después de quitarse de la boca el resto de un cigarro barato.

—Empieza a picarme la oreja, Larry —dijo Connors, sin sacar las manos de los bolsillos de la cazadora.

—No pretenderás que te rasque yo, ¿verdad? —gruñó Dexter, colocándose de nuevo la colilla entre los dientes.

—No seas estúpido.

—¿Yo? —repuso Dexter, irónico.

—¿Es que no te das cuenta, Larry?

—¿De qué?

—De lo que significa que a mí me pique la oreja.

—Que la tienes sucia.

—Ya has dicho otra estupidez.

—¿Sí?

—Yo me ducho todos los días, y tú lo sabes.

—Sí, es cierto, te duchas todos los días —dijo pacientemente Dexter, y miró hacia otro lado.

Connors sacó la mano derecha del bolsillo de la cazadora y la puso sobre el hombro de su amigo.

—Mírame, Larry.

—Prefiero mirar a aquella chica morena, a ti te tengo demasiado visto.

—Por favor, no estoy para bromas.

Dexter dejó de observar a la joven morena que pasaba no lejos de donde ellos se hallaban detenidos y volvió la cabeza hacia Connors.

—Ya te estoy mirando, Steve.

—Me sigue picando la oreja, Larry. Cada vez más.

—¿Y por qué no te la rascas?

—Porque no me conviene.

Dexter puso una cara muy rara.

—¿Qué no te conviene...? —murmuró.

Connors sacó la otra mano del bolsillo y la dejó sobre el otro hombro de Dexter.

—Larry, cuando a mí me pica la oreja, lo cual sucede muy raras veces, significa que estoy de suerte. Te lo dije una vez, ya hace tiempo. ¿No lo recuerdas?

—No, no lo recuerdo.

—¿Cómo es posible que lo hayas olvidado?

—Lo siento, chico, pero...

—Bueno, no importa —sonrió Connors, palmeando la ancha espalda de su amigo—. Lo importante es que continúa picándome la oreja, y debemos aprovecharnos de ello.

—¿Aprovecharnos?

—A mí me quedan doce libras. ¿Y a ti?

—Trece.

—Que suman veinticinco.

—Si Pitágoras no está equivocado.

—Magnífico.

Dexter pestañeó.

—¿De veras te parece magnífico que entre los dos poseamos solo veinticinco libras?

Connors rio.

—Sí, porque gracias a mí picor de oreja, esas veinticinco libras van a convertirse muy pronto en doscientas cincuenta.

Dexter respingó.

—¿Doscientas cincuenta...?

—¡O más! Depende del dinero que tengan los otros jugadores.

—¿Jugadores? —repitió Dexter, que estaba hecho un lío.

—¿Es que no lo entiendes, Larry?

Dexter sacudió la cabeza.

—No, no entiendo nada.

—Vamos, te lo explicaré por el camino —dijo Connors, cogiendo del brazo a su amigo y tirando de él.

—¿Adónde vamos, Steve...?

—¡Al bar de Perkins!

—¿A tomar qué?

—Tú puedes tomar lo que quieras, mientras yo juego al póker en el reservado.

Larry Dexter dio un fuerte respingo y se quedó clavado.

—¿He oído póker, Steve?

—Vamos, camina. Si deja de picarme la oreja, ya no tenemos nada que hacer —advirtió Connors, tirando nuevamente de su compañero.

Esta vez, sin embargo, no consiguió moverlo ni un centímetro.

Dexter parecía tener los pies pegados al suelo con la mejor de las colas.

Connors soltó un gruñido.

—¿Quieres hacer el favor de moverte, Larry?

—¡Ni un ápice! —respondió Dexter, serio, y de un zarpazo obligó a Connors a soltarle.

—¡Eh! ¿Puedo saber qué te pasa, compañero? —exclamó Connors, sorprendido.

Dexter apoyó el extremo de su índice diestro en el pecho de su amigo y

masculó:

—He descubierto tu artimaña, Steve.

—¿Artimaña? —parpadeó Connors.

—Sí, es inútil que pongas esa cara de santo.

—¿De qué estás hablando, Larry?

—A ti no te pica nada, maldito zorro. Todo ha sido una argucia tuya para hacerte con mis trece libras y jugártelas al póker, junto con las doce tuyas, en el bar de Perkins.

—¡Voy a ganar, Larry! ¡Estoy seguro!

—¡También puedes perder! ¿Y qué haríamos entonces, dí?

—¡No puedo perder, Larry! ¡Me pica la...!

Dexter apretó los maxilares y elevó el puño diestro.

—Como vuelvas a decir que te pica la oreja, te la plancho de un puñetazo —amenazó.

Steve Connors suspiró hondamente y levantó la mano derecha en son de paz.

—Está bien, Larry. Confieso que todo fue una treta. Sabía que si te exponía claramente mis intenciones, no accederías a prestarme tu dinero.

—¡Naturalmente que no!

—Pues deberías hacerlo, Larry. El póker es nuestra tabla de salvación.

—¡No me fío de esa clase de tablas, Steve!

—Larry, te recuerdo que estamos sin empleo, y las posibilidades de encontrar trabajo son más bien escasas. Ya nos hemos recorrido casi todo Londres, sin ningún resultado positivo.

—Seguiremos buscando. El que la persigue, la mata.

—Larry, yo juego bien al póker, y... —Connors se interrumpió súbitamente al descubrir que, tras un árbol, en una zona en la que apenas se veía, un hombre estaba siendo atacado por dos corpulentos individuos. Extendiendo el brazo hacia allí, exclamó—: ¡Eh, Larry! ¡Están golpeando a un hombre!

Dexter volvió bruscamente la cabeza hacia aquel lugar.

—¡Por los bigotes de cien docenas de gambas...! ¡Es cierto, Steve!

—¡Corramos en su ayuda!

—¡Ya soy un bólico de Fórmula 1! —dijo Dexter, y, al igual que Connors, le dio a las piernas con todas sus fuerzas.

CAPÍTULO 2

S

TEVE Connors y Larry Dexter alcanzaron el lugar del incidente en solo unos segundos.

El hombre que había sido atacado por la pareja de individuos yacía en el suelo, boca arriba, los ojos cerrados, la cabeza ladeada.

Los tipos que le habían golpeado le estaban registrando los bolsillos de la chaqueta.

Steve y Larry cayeron sobre ellos como dos auténticas fieras, y los obligaron a rodar por el suelo.

El individuo que había sido arrollado por Connors fue el primero en ponerse en pie, rabiosamente.

—¡Cuidado, Steve! ¡El tipo esgrime una navaja! —advirtió Dexter.

La advertencia no era necesaria, pues Connors ya se había percatado del hecho, y estaba preparado para la defensa.

El otro sujeto también se puso en pie, de un salto.

Y, como su compañero, esgrimió una navaja de resorte, de ancha y destellante hoja.

—Vaya, el tuyo también lleva «mondadientes», Larry —observó Connors.

—Sí, no quiere ser menos que su compinche —masculló Dexter, muy atento a la inminente acometida del tipo.

Los dos individuos saltaron a un tiempo sobre Steve y Larry, con los navajones por delante.

Steve burló hábilmente la embestida del fulano que le buscó las tripas con su acero, y el agresor, al rasgar solo el aire con su navaja, perdió el equilibrio y cayó al suelo.

Antes de que pudiera levantarse, Steve saltó como un tigre sobre su espalda y le aprisionó la muñeca derecha.

Entretanto, Larry había conseguido también esquivar el ataque del otro individuo, dando un ágil salto hacia su izquierda.

El tipo, pese al fallo, no llegó a perder el equilibrio, aunque sí quedó un instante de espaldas a Larry, llevado por su impulso, circunstancia que aprovechó este para saltar sobre él y rodearle el cuello con su brazo zurdo,

mientras que con la otra mano inmovilizaba el brazo armado del agresor.

El individuo trató de soltarse por todos los medios, pero Larry lo tenía bien atrapado, y no lo logró.

El tipo que le había tocado en suerte a Steve Connors lanzó un alarido y soltó la navaja.

Steve le había obligado a ello, al retorcerle la muñeca con un brusco movimiento.

Después de arrojar lejos la navaja, Steve agarró al fulano por la chaqueta y le obligó a ponerse en pie. Inmediatamente le hundió un puño en el estómago, y, cuando el tipo se dobló como dando un bramido de dolor, lo desdobló con un gancho de izquierda, rematando la serie con un formidable trallazo a la mandíbula.

El sujeto salió catapultado hacia atrás y acabó en el suelo.

Steve se volvió un momento hacia Larry, para ver si este necesitaba ayuda.

Pero no.

A Larry le iban las cosas estupendamente con el otro agresor.

Había conseguido que el fulano dejara caer el arma y en aquellos momentos le estaba sacudiendo de firme con ambos puños.

El tipo dio pronto con su cuerpo en el suelo.

Casualmente, cayó junto a su compañero.

Los sujetos intercambiaron una nerviosa mirada.

Steve y Larry fueron decididamente hacia ellos, con intención de continuar la pelea.

No pudo ser, pues los individuos se incorporaron con rapidez y echaron a correr como locos.

—¿Vamos tras ellos, Steve? —sugirió Dexter, presto a convertirse de nuevo en un bólico de carreras.

—No, déjalos que se vayan —respondió Connors, cogiendo a su amigo del brazo, para que este no se disparara.

Se escuchó un gemido.

Lo había emitido el hombre agredido por los individuos.

Steve y Larry se acercaron a él.

El hombre, un tipo delgado, de corta estatura, y unos cuarenta y cinco años de edad, se estaba recobrando.

Steve y Larry le ayudaron a ponerse en pie.

—¿Se encuentra bien, amigo? —preguntó Steve.

—Sí, estoy bien... —murmuró el hombrecillo, llevándose una mano a la nuca.

—Sentimos no haber podido intervenir antes —dijo Larry, dándose un tironcito a la visera de su gorra.

El hombrecillo los miró a los dos con curiosidad.

—¿Qué ha sido de los tipos que me atacaron?

—Huyeron —informó Steve.

—Los hicimos huir, que no es lo mismo —puntualizó Larry, con una sonrisa.

—¿Pelearon con ellos? —preguntó el hombrecillo.

—Sí, les sacudimos de firme —respondió Larry—. Y eso que los fulanos esgrimieron sendas navajas de resortes. Pero no les sirvió de nada, ¿verdad, Steve?

Connors, en lugar de responder a Dexter, preguntó al hombrecillo:

—¿Conocía usted a esos tipos?

—No, no los había visto nunca —respondió el agredido, tocándose de nuevo la nuca.

—Entonces, no sabe por qué le atacaron...

—Para robarme, sin duda. El parque está solitario, porque la noche es desagradable, muy apropiada para caer por sorpresa sobre alguien, dejarlo atontado a golpes, y desvalijarle...

—Sí, tiene usted razón, amigo —convino Larry.

—Vea si le falta algo —sugirió Steve.

—A ver... —murmuró el hombrecillo—. Tengo el reloj de oro, las dos sortijas, la cartera... Y no parece que falte dinero... —observó, recontando los billetes.

Steve y Larry abrieron la boca.

¡El hombrecillo llevaba más de quinientas libras en la cartera!

Un tipo sin problemas económicos, evidentemente.

—Sí, está todo —sonrió el hombrecillo, devolviendo la cartera al bolsillo interior de su chaqueta.

—Nos alegramos de que no le falte nada —dijo Steve.

—Sí, nos alegramos mucho —dijo Larry, recogiendo del suelo el paraguas y el sombrero del hombrecillo, los cuales entregó a este.

El hombrecillo se puso el sombrero.

—¿Cómo se llaman, muchachos?

—Yo, Steve —respondió Connors.

—Y yo, Larry —contestó Dexter.

—Yo me llamo Christian, Christian Reed —se presentó el hombrecillo—. ¿Me permiten que les invite a una copa?

—Será un placer, señor Reed —sonrió Larry.

—¡Magnífico! —rio Christian Reed.

Echaron a andar los tres.

Minutos después, entraban en un bar próximo a Hyde Park.

Sentáronse los tres en torno a una mesa.

Christian Reed pidió una botella del mejor coñac.

Instantes después, el empleado del bar depositaba sobre la mesa una

botella de excelente brandy, y tres copas.

El empleado descorchó la botella con gran habilidad y escanció licor en las copas, retirándose a continuación.

Christian Reed alzó su copa y dijo:

—Por mis salvadores.

Steve y Larry cogieron sus copas e ingirieron un sorbo de coñac, siendo imitados por el hombrecillo.

Este preguntó:

—¿Viven ustedes en Londres, muchachos?

—Sí —asintió Steve—. ¿Y usted?

—También —respondió Christian Reed—. ¿A qué se dedican?

—Actualmente, cazamos moscas —murmuró Larry, tristemente.

Christian Reed agrandó los ojos.

—¿Qué cazan qué...?

Steve Connors tosió.

—Larry quiso decir que estamos sin trabajo, señor Reed —explicó.

—¡Oh...! Cuánto lo siento.

—Y nos urge encontrar empleo, pues, entre los dos, apenas logramos reunir unas libras —añadió Larry.

Christian Reed sonrió bondadosamente.

—Eso lo arreglo yo enseguida, no se preocupen —dijo, echando mano de su cartera, de la cual extrajo doscientas libras, entregando cien a cada uno—. ¿Es suficiente?

Steve y Larry no respondieron.

Tenían las cuerdas vocales paralizadas por la sorpresa.

—Si necesitan más, no tengan reparo y díganmelo con toda franqueza —agregó Christian Reed, con la cartera todavía en las manos—. Arriesgaron sus vidas por mí, y estoy en deuda con ustedes.

—Es... es suficiente, señor Reed —tartamudeó Steve, cogiendo sus cien libras y guardándoselas en el bolsillo de la cazadora.

—Más que suficiente —dijo Larry, haciendo lo propio con sus cien libras.

Estaba tan contento, que hasta la visera de la gorra le temblaba de gozo.

Christian Reed se guardó la cartera, diciendo:

—Sí más adelante vuelven a verse en apuros económicos, no duden en recurrir a mí. Aquí tienen mi dirección y mi número de teléfono —les entregó una tarjeta, que previamente había extraído de su cartera.

—Gracias, señor Reed —dijo Steve, guardándose la tarjeta—. Tropezamos con usted, ha sido providencial para nosotros.

—Para mí sí que fue providencial —repuso Christian Reed, riendo.

—Es usted un hombre rico, ¿verdad? —preguntó Larry.

—Bastante.

—¿Y no podría, con su influencia, conseguirnos un empleo, señor Reed? Steve y yo no dormiremos tranquilos hasta tener un trabajo seguro.

Christian Reed se acarició la barbilla, pensativo.

—Un empleo... —murmuró—. Sí, creo que sí. Aunque no sé si les gustará el trabajo que puedo ofrecerles...

—¡Seguro que sí! —exclamó Larry—. ¿Verdad que nos gustará, Steve?

—¡Nos encantará, sea lo que sea! —exclamó Steve.

Christian Reed sonrió.

—Les explicaré de qué se trata, muchachos. Hace tan solo un par de semanas, jugando al póker, gané un viejo castillo medieval. Se alza en el condado de York, entre los cabos Flamborough y Spurn, más cerca de este que de aquel. En principio, no sabía qué hacer con él, si venderlo o conservarlo. Estos últimos días, sin embargo, me anda por la cabeza una idea: dotarlo de todo lo necesario y convertirlo en un parador de turismo. ¿Creen que sería un negocio rentable?

—¡Seguro! —exclamó Steve.

—¡Debería usted poner en práctica esa idea inmediatamente, señor Reed! —aconsejó Larry.

—Eso voy a hacer, muchachos. Y, para ello, cuento con vosotros.

—¿Con nosotros? —repitió Steve, sin poder disimular su sorpresa.

Larry estaba tan sorprendido como él.

Christian Reed explicó:

—Yo no puedo ocuparme del asunto, pues no dispongo de tiempo. Los negocios me absorben totalmente. Necesito, pues, una o dos personas de confianza, para que se ocupen de todo. Vosotros, muchachos. Quinientas libras mensuales de sueldo para cada uno, y una participación del veinticinco por ciento de los beneficios obtenidos al finalizar el año, es mi oferta. ¿Qué me respondéis?

—¡Que sí, naturalmente! —respondieron al mismo tiempo Steve y Larry, y se fundieron los dos en un abrazo, locos de alegría, mientras Christian Reed reía.

De haber sabido lo que les aguardaba en aquel viejo castillo medieval del condado de York, ahora propiedad de Christian Reed, Steve Connors y Larry Dexter no se hubiesen mostrado tan alegres.

Ni siquiera ligeramente alegres.

Es más, seguramente hubieran rechazado la tentadora oferta de Christian Reed.

Sí.

Hubieran mandado al diablo las quinientas libras mensuales y la participación del veinticinco por ciento de los beneficios anuales.

Y hubieran mandado al diablo, también, al propio Christian Reed.

CAPÍTULO 3

E

L «Chrysler» azul avanzaba por la estrecha carretera, conducido por Steve Connors.

Larry Dexter viajaba junto a su amigo.

—Cómo presumimos de coche, ¿eh, Larry? —dijo Steve, mientras procedía a encender un cigarrillo.

Dexter se repantingó en el cómodo asiento y lanzó un suspiro.

—Ojalá fuera nuestro, Steve.

—Como si lo fuera.

—Es propiedad de Christian Reed —recordó Dexter.

—Christian Reed tiene varios coches, ya los viste en su garaje. Él dijo que nos prestaba este para viajar al castillo, pero yo creo que nos lo regalará, si el negocio que vamos a poner en marcha funciona. Y yo estoy seguro de que funcionará.

—Sí, yo también.

—Y si Christian Reed no nos regala el «Chrysler», nos compramos uno y en paz. Con quinientas libras mensuales de sueldo, podemos permitirnos ese lujo, ¿no?

Dexter cerró los ojos.

—¿Sabes una cosa, Steve? Todavía no acabo de creérmelo.

Connors rio.

—Y yo tampoco, Larry. Hemos tenido una suerte tremenda.

—Y que lo digas.

—Mira, ya se divisa Sutton.

Dexter abrió los ojos.

—Sí, ahí lo tenemos.

Sutton era un pequeño pueblo, por el que había que pasar para llegar al viejo castillo medieval.

El castillo se alzaba a unos quince kilómetros de Sutton.

Steve Connors aminoró la velocidad al entrar en el pueblo, de casas construidas muchos años atrás.

—¿Nos detenemos a tomar algo, Larry? —sugirió Connors.

—Excelente idea, Steve —aprobo Dexter.

Steve detuvo el coche frente a lo que parecía ser una taberna, y él y Larry saltaron al suelo.

Steve miró al cielo un instante.

Estaba encapotado, pero, por el momento, no parecía que fuese a llover. Todo el día se había mantenido así: nublado, pero sin amenazar lluvia.

—Entremos, Larry.

—Sí, vamos.

Penetraron los dos en la taberna.

Estaba escasamente concurrida.

Steve y Larry fueron directamente al mostrador, tras el cual se hallaba un hombre de unos cuarenta años, bajo de estatura, pero enormemente corpulento. Tenía los ojos saltones, la nariz roma, y su redonda cabeza estaba totalmente desprovista de pelo.

—Buenas tardes —saludó Steve, con una amable sonrisa en los labios.

—¿Qué tal, amigos? —respondió el fornido individuo, correspondiendo a la sonrisa de Steve. Estaba sacando unas jarras recién fregadas, las cuales iba alineando sobre el mostrador, junto a otras hileras de vasos y copas.

—Sírvanos un par de cervezas, por favor —pidió Connors.

—Enseguida.

Steve y Larry ocuparon una mesa y observaron con curiosidad la taberna.

Ellos, a su vez, eran observados por los cuatro hombres, de distintas edades, que se hallaban sentados en torno a una mesa apartada, jugando a las cartas.

—Eh, Steve —murmuró Larry.

—¿Qué?

—Esos hombres.

Connors se fijó un instante en los jugadores.

—¿Qué pasa con ellos?

—Nos miran.

—¿Y qué tiene eso de particular? Somos forasteros, ¿no? Es lógico que despertemos su curiosidad.

—Me siento incómodo, diablos —rezongó Dexter.

Connors sonrió.

—Olvídate de ellos.

—Lo intentaré.

El tipo calvo ya había llenado dos jarras de fresca y espumeante cerveza.

—¡Lorena! —llamó.

La cortina que había al otro lado del mostrador, disimulando una puerta, se movió y una atractiva pelirroja, de no más de veinticuatro años, asomó por el hueco.

—¿Llamaba, señor Cooper...?

—Sí. Toma, lleva estas jarras a esos señores —indicó el calvo.

La chica salió de lo que parecía ser una cocina, cogió las jarras, rodeó al mostrador, y fue hacia la mesa que ocupaban Steve y Larry, moviéndose con gracia.

Steve y Larry la observaron de pies a cabeza.

Valía la pena.

La falda era corta, permitiendo mostrar unas rodillas perfectas y el nacimiento de unos muslos largos y torneados, de piel tersa, suavemente tostada por el sol. La liviana blusa, de redondo escote, dejaba al descubierto buena parte de unos senos plenos, firmes, altivos, totalmente libres bajo la ligera tela, lo cual les permitía balancearse al compás del airoso y sugestivo caminar de la chica.

—Sus cervezas, señores —dijo la turbadora pelirroja, depositando las jarras sobre la mesa, para lo cual se inclinó, aunque bastante más de lo necesario.

Los ojos de Steve y Larry se clavaron como dardos en el generoso escote de la chica, donde, por un instante, asomó casi todo.

La pelirroja, tras la gratuita exhibición de sus protuberancias pectorales, se irguió y, después de dedicar una maliciosa sonrisa los dos forasteros, hizo ademán de alejarse.

—Un momento —rogó Steve.

La chica le miró.

—¿Sí...?

—Te llamas Lorena, ¿no?

—Sí, ese es mi nombre —asintió la joven, tocándose coquetamente el cabello.

—Yo me llamo Steve.

—Y yo, Larry —se apresuró a presentarse Dexter.

La pelirroja les sonrió de nuevo.

—¿De paso por Sutton, muchachos? —preguntó, jugueteando con la crucecita de oro que colgaba de su cuello, por medio de una delgada cadena.

—Nos dirigimos al castillo —respondió Steve.

La chica respingó.

—¿Al castillo?

—Sí.

—¿Te sorprende, preciosa? —preguntó Larry, al ver el gesto que ponía la pelirroja.

Ella, en lugar de responder, miró nerviosamente al calvo.

Este salió de detrás del mostrador y se acercó a la mesa de Steve y Larry.

—¿De veras se dirigen al castillo? —inquirió, con gesto de preocupación.

—Sí, de veras —respondió Steve—. ¿También a usted le sorprende?

—Sí, muchísimo —confesó el calvo.

—¿Le importaría decirme por qué?

—Hace años que nadie pone los pies en ese castillo.

—¿De veras...? —pareció extrañarse Steve.

—Por lo menos diez. Tal vez quince.

—¡Atiza! ¡Cómo estará de polvo, el pobre...! —exclamó Larry.

El calvo se presentó:

—Soy Rex Cooper, el dueño de la taberna.

—Encantado, señor Cooper —sonrió Steve.

—Lo mismo digo —sonrió también Larry.

—¿Puedo preguntarles a qué van al castillo del señor Moore? —inquirió Cooper.

—¿Señor Moore...? —repitió Steve, entornando los ojos.

—Sí, Charles Moore... Es el dueño del castillo.

Steve sonrió.

—Oh, no, se equivoca. El castillo ya no pertenece a ese señor, Charles Moore, sino a un tal Christian Reed, un ricachón de Londres.

Rex Cooper pestañeó.

—¿Están seguros?

—Sí, completamente.

—¿Se lo compró el señor Reed al señor Moore?

—No, no se lo compró; se lo ganó al póker —explicó Larry, estirándose la punta izquierda del bigote.

—Ya me extrañaba a mí que alguien hubiese comprado ese castillo... —rezongó el dueño de la taberna.

—¿Por qué dice eso, señor Cooper? —preguntó Steve.

—¿Tan deteriorado está? —inquirió Larry.

—No, no es eso... El castillo es viejo, sí, pero tampoco está en ruinas. Pero, con la leyenda negra que pesa sobre él...

—¿Leyenda negra? —repitió Larry, dejando de jugar con su mostacho.

—¿De qué leyenda habla, señor Cooper? —interrogó Steve.

Rex Cooper atrapó una silla y la acercó a la mesa.

—¿Me permiten que me siente?

—Naturalmente —autorizó Steve.

—Gracias —respondió Cooper, sentándose a la mesa.

—Siéntate tú también, Lorena —invitó Larry.

La pelirroja consultó con la mirada al dueño de la taberna.

Este asintió con un ligero movimiento de cabeza y Lorena se sentó

junto a Larry, montando una pierna sobre la otra.

Las dejó visibles las dos hasta más de la mitad del muslo.

Sin embargo, y a pesar de que la visión era sumamente tentadora, Larry no prestó la menor atención a las esbeltas piernas de la pelirroja, pues le tenía muy intrigado lo de la leyenda negra que pesaba sobre el viejo castillo medieval.

—Háblenos de esa leyenda, señor Cooper —pidió, mirando atentamente al dueño de la taberna.

—Sí, por favor —rogó Steve, igualmente intrigado.

Rex Cooper tragó una cierta cantidad de aire por la boca, y tras expulsarlo lentamente por la nariz, explicó:

—Es una leyenda muy antigua, muchachos. Según ella, todos los propietarios que tuvo el castillo, y muchos de sus familiares, murieron ahorcados.

—¿Ahorcados...? —repitió Steve.

—Sí. Por eso se le conoce como El Castillo de los Ahorcados —informó Cooper.

—¡Qué horror! —exclamó Larry, y puso su mano izquierda sobre el muslo de Lorena, intuitivamente, sin malicia alguna.

La pelirroja no puso objeción alguna, por lo que la mano de Larry continuó sobre el tentador miembro femenino.

—Lo más espeluznante de la leyenda —prosiguió Rex Cooper—, con todo, no es que muriesen tantas personas ahorcadas en ese castillo, sino que «fueran» obligadas a ahorcarse.

—¿Obligadas...? —murmuró Steve.

—¿Por quién? —galleó Larry, oprimiendo nerviosamente el muslo de Lorena.

Rex Cooper, con una voz que no parecía la suya, respondió:

—Por los espíritus malignos que habitan en el castillo.

—¡Espíritus malignos! —gritó Larry, brincando de la silla, con los ojos desorbitados—. ¡Ha dicho espíritus malignos, Steve! —apretó con fuerza el hombro de su amigo.

Connors le miró.

—Vuelve a sentarte, Larry.

—No, será mejor que te levantes tú y nos larguemos cuanto antes de estos parajes —respondió nerviosamente Dexter.

—Cuando me levante de la silla, será para dirigirme al castillo.

Dexter respingó.

—¿Quieres ir al castillo, después de lo que has oído...?

—Naturalmente que quiero.

—¡Estás loco, Steve!

—¿Por qué?

—¡En ese castillo habitan espíritus malignos, lo ha dicho el señor Cooper!

—El señor Cooper se ha limitado a hablarnos de una leyenda —repuso Connors, mirando al dueño de la taberna—. Y yo, Larry, no creo en leyendas.

—¡Pues yo sí! ¡Desde que era pequeñito!

—Entonces, coge el «Chrysler» y regresa a Londres —aconsejó Connors, sin mirar a su asustado amigo.

—¿Y tú...?

—Yo voy a ir al castillo, ya te lo he dicho.

—¡No seas loco, Steve!

Connors giró la cabeza y le miró, seriamente.

—Lo sería si hiciera lo que quieres tú: regresar a Londres y perder un empleo de quinientas libras mensuales, más una participación del veinticinco por ciento de los beneficios anuales. Eso sí que sería una locura. Puedes cometerla tú, si quieres. Yo, no.

—Pero...

—Adiós, Larry.

—Escúchame, Steve...

—Adiós, Larry.

—Por favor, tienes que...

—Adiós, Larry.

Larry Dexter bajó la cabeza, giró lentamente sobre sus talones, y caminó hacia la puerta, saliendo de la taberna.

Rex Cooper carraspeó.

—Debería usted hacer caso a su amigo Larry, Steve —aconsejó.

Connors apretó el resorte que ponía en funcionamiento la manecilla del cronómetro de su reloj y aseguró:

—Larry habrá cambiado de idea antes de un minuto.

Seguidamente, tomó su jarra de cerveza y bebió un trago.

—Estupenda cerveza, señor Cooper —ponderó, chascando la lengua.

El dueño de la taberna alargó el cuello hacia él.

—¿Está seguro de que su amigo volverá? —murmuró.

—Absolutamente seguro. ¿Nos jugamos las cervezas? —propuso Steve.

—Hecho —aceptó Cooper.

Él y su empleada, la atractiva pelirroja, clavaron los ojos en la manecilla del cronómetro.

Habían transcurrido solamente cincuenta y cinco segundos cuando la puerta se abrió y Larry Dexter entró en la taberna de nuevo.

—¿Olvidaste, algo, Larry? —preguntó Connors, con ironía.

Dexter rezongó algo que nadie entendió y luego comunicó:

—He decidido ir contigo al castillo, Steve. No puedo dejarte solo.

Connors se puso en pie, sonriente.

—Hasta la vista, señor Cooper —dijo, y caminó hacia Dexter.

Este, cuando lo tuvo a su lado, murmuró:

—¿Es que no pagas las cervezas, Steve?

—El señor Cooper nos invitó, Larry —respondió Connors, mirando irónicamente al dueño de la taberna, y, tomando del brazo a su amigo, lo sacó del local.

CAPÍTULO 4

E

El Castillo de los Ahorcados, era una construcción maciza, cuadrangular, con una torre en cada esquina y otras dos flanqueando la entrada.

Estaba rodeado por un ancho foso, cubierto de agua hasta un metro, aproximadamente, del nivel del suelo.

El puente levadizo echado, y el pesado rastrillo, de gruesos barrotes de hierro rematados por afiladas púas, permanecía izado, permitiendo el libre paso a cualquier persona que tuviese el valor suficiente para entrar en el castillo.

Steve Connors lo tenía.

Por eso no detuvo el «Chrysler» de Christian Reed en la explanada que había delante del castillo, y lo dirigió decididamente hacia el puente levadizo.

Larry Dexter, que no había abierto la boca desde que salieran de la taberna de Rex Cooper, a pesar de que hubiera querido decir muchas cosas, sintió que un repentino y frío sudor le humedecía el cuerpo.

Connors lo miró por el rabillo del ojo.

Al verlo tan pálido, y ligeramente tembloroso, detuvo el coche, cuando ya las ruedas delanteras se disponían a entrar en el puente levadizo.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa, Larry?

—¿A mí? —musitó Dexter.

—Estás pálido como un muerto y tiemblas como un flan.

—No hables de muertos, por favor —gimió Dexter, arrugándose en el asiento—. En este castillo los hubo a montones. ¡Y todos ahorcados!

—Eso no es más que un cuento de viejas.

—Yo creo en los cuentos de viejas.

—Me avergüenzo de ti, Larry.

—También yo me avergüenzo de mí mismo, te lo aseguro. Pero...

Connors observó la fortaleza medieval.

Empezaba a oscurecer, y pronto las sombras de la noche la envolverían por completo.

—Tienes miedo de entrar en el castillo, ¿verdad?

—Toneladas de miedo —confesó Dexter.

—Entonces, será mejor que te quedes aquí —decidió Connors.

Larry Dexter sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Eso no, Steve. Si tú entras en el castillo, yo también.

—Echarás a correr en cuanto veas una rata.

—Si es una rata con cara de rata, no me moveré.

—¿De qué va a tener cara una rata, de mico? —rio Connors.

—Yo sé lo que me digo —rezongó Dexter—. Podría tratarse de un espíritu maligno, que hubiese adoptado la forma de una rata.

—Le arrojaremos un pedazo de queso relleno de polvos matarratas —bromeó Connors.

—Tendrían que ser polvos mataespíritus malignos, y me parece que de esos no hay.

—Dejémonos de tonterías, Larry. ¿Entras conmigo o te quedas fuera?

—Entro contigo, ya te lo he dicho.

—Como quieras. Pero te advierto una cosa —Connors apuntó a su amigo con el dedo—: como empieces a dar chillidos histéricos, llevado por tu estúpido miedo, te haré callar de un castañazo. ¿Entendido?

—No te preocupes, sabré controlar mis nervios —prometió Dexter.

—Espero que así sea —rezongó Connors, poniendo de nuevo el coche en funcionamiento.

El «Chrysler» subió al puente levadizo y cruzó la entrada del castillo, adentrándose en el enorme patio de armas.

Steve Connors lo detuvo en el ángulo izquierdo del patio, junto a una escalera semicircular con balaustrada de piedra, por la que se accedía a una gran puerta de recios tablones, claveteados en hierro, que permanecía cerrada.

Steve cogió una pesada linterna y salió del coche, diciendo:

—Vamos, Larry.

Larry Dexter descendió del vehículo y siguió a su compañero, quien ya estaba subiendo la escalera.

Cuando estuvieron arriba, Steve extrajo una gruesa llave del bolsillo de su cazadora y la introdujo en la cerradura de la pesada puerta.

La llave produjo un agudo chirrido.

—La cerradura está oxidada —masculló Steve.

—Ojalá no podamos abrir —rezongó Larry.

—Abriremos, no lo dudes —sonrió Steve, y, tras entregarle la linterna a Dexter, trató de hacer girar la llave.

No lo consiguió, pese a que lo intentó con todas sus fuerzas.

Steve soltó la llave y se frotó las manos, enrojecidas por el esfuerzo.

—No quiere girar, la condenada... —masculló, contrariado.

—Dios ha escuchado mis plegarias —sonrió Larry.

—Te alegras de que la llave no gire, ¿verdad?

—No sabes cuánto.

—Qué sincero eres.

—¿Nos vamos ya, Steve? —sugirió Larry.

—Ni hablar. Abriremos esta puerta aunque sea a hachazos.

—No tenemos hacha, Steve —observó Larry, mirándose las uñas de la mano izquierda.

—Pero tenemos hombros. Dos cada uno.

Dexter respingó.

—¿Pretendes que carguemos con el hombro contra...?

—¿Tienes alguna idea mejor, Larry?

—¡Sí, largarnos de aquí!

—Sugerencia rechazada. Vamos, deja la linterna en el suelo y lázate conmigo contra la puerta.

—¡Ni un elefante de la India podría derribar una puerta tan grande y tan pesada como esta, Steve!

—No pretendo que la derribemos, solo que hagamos saltar el cerrojo. ¿Estás listo, Larry?

—Maldita sea la hora en que nos tropezamos con...

—Deja de gruñir, ¿quieres?

—¡Sí, sí! —gritó Dexter, enfadado, y adoptó la posición adecuada.

—¡Ahora, Larry! —indicó Connors.

Se lanzaron los dos contra la puerta, los hombros diestros por delante.

Steve pensaba que tendrían que repetir la intentona varias veces más, y, aun así, dudaba bastante que pudieran forzar la cerradura.

Larry, por su parte, estaba plenamente convencido de que jamás lograrían hacer saltar el cerrojo, por mucho que se esforzaran. Antes se destrozarían los hombros.

Los dos se equivocaron.

Sí, porque, sorprendentemente, la pesada puerta cedió al primer intento, con tanta facilidad, que Steve y Larry no pudieron frenar su impulso y rodaron por el suelo del gran vestíbulo.

Dexter, perplejo, miró la puerta, abierta de par en par.

—¿Qué demonios ha pasado, Steve...?

—Que somos más fuertes que los elefantes de la India, Larry —sonrió Connors.

—Déjate de bromas.

—A las pruebas me remito. Hemos hecho saltar el cerrojo al primer intento, y aún nos ha sobrado fuerza.

Dexter se puso en pie, se aproximó a la puerta, y observó el cerrojo. Al instante, dio un salto de mono y chilló:

—¡El cerrojo está intacto, Steve!

—¿Qué? —murmuró Connors, sentado en el suelo todavía, pues le

dolía ligeramente la rodilla, a causa de la caída, y se la estaba masajeando.

—¡Compruébalo tú mismo, Steve!

Connors se irguió y se acercó a la puerta.

Observó el cerrojo.

En efecto; estaba intacto.

—¿Te das cuenta, Steve? —galleó Dexter, mirando nerviosamente a todos lados, como si temiera ver aparecer algo o a alguien.

—¿De qué?

—¡Está la mar de claro! ¡Los espíritus malignos abrieron la puerta justo cuando nosotros nos lanzábamos contra ella!

Connors, harto ya de tanto oír hablar de ahorcados y de espíritus malignos, cerró el puño y lo estrelló con fuerza en la cara de su aterrado amigo, derribándolo al suelo.

—¡Steve! —exclamó Dexter, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —gruñó Connors, pasándose la lengua por los nudillos.

—¡Me has pegado!

—Te advertí que lo haría si te ponías histérico.

—¡Pero, es que el cerrojo...!

—El cerrojo está intacto porque la puerta no estaba cerrada con llave, aunque pareciese que sí lo estaba. Si hubiéramos empujado con las manos, en lugar de cargar contra ella con el hombro, hubiese cedido igualmente. Esa es la explicación de lo sucedido, mequetrefe.

—¿Seguro, Steve?

—Pues claro.

—¿V qué hacía la puerta así, sin estar cerrada con llave?

—Eso no lo sé. Probablemente, la última persona que estuvo en el castillo, olvidó cerrarla con llave al marcharse.

—O, quizá, que entró... y ya no salió.

—No digas estupideces, Larry. Si no hubiese salido, ¿cómo iba a tener la llave Christian Reed?

—Sí, eso es verdad —sonrió nerviosamente Dexter, al tiempo que se centraba la gorra, la cual había quedado torcida tras el castañazo.

—Vamos, en pie.

Mientras Larry Dexter se incorporaba, Steve Connors recogió la linterna y cerró la puerta.

Por las distintas ventanas se filtraba claridad suficiente todavía, por lo que Steve no encendió la linterna por el momento.

—En este vestíbulo hubieran podido disputar el Liverpool y el Borussia de Monchengladbach la final de la Copa de Europa de fútbol, ¿eh, Larry?

—Sí, es enorme.

—Mira, allí, al fondo, hay una escalera de medio caracol.

—Eso me gustaría ser a mí en estos momentos, un caracol, para

esconderme en el caparazón —rezongó Dexter.

—Mejor una tortuga, ¿no? —sonrió Connors.

—Sí, mucho mejor. Tienen el caparazón más duro. El caracol, si le pones un pie encima, ¡plaf! se queda hecho una pasta.

Connors rio.

—Anda, vamos hacia la escalera —indicó, poniéndose en movimiento.

—¿Por qué no revisamos primero la planta inferior, Steve? —sugirió Dexter.

Connors se paró un momento.

—Lo mismo da, ¿no? —repuso.

Dexter se rascó la patilla zurda.

—Hombre, conviene estar cerca de la puerta, por si hay que salir huyendo...

—Si echas a correr, por alguna tontería, no volveré a mirarte a la cara —advirtió Connors—. Venga, muévete.

Dexter masculló algo y caminó también hacia la escalera del fondo del espacioso vestíbulo.

Ascendieron los dos por ella.

Una vez arriba, y como la visibilidad allí era menor, Larry, temblorosamente, sugirió:

—¿Por qué no enciendes la linterna, Steve? Esto está muy oscuro...

—Sí, tienes razón.

Connors accionó la linterna y su luz alumbró el largo corredor, con puertas a ambos lados.

En las paredes, construidas con gruesas piedras, había varios hachones, colocados en unos artísticos brazos de metal que permanecían clavados en la pared.

—Encenderemos un par de hachones y ahorraremos pila —dijo Connors—. Aparte de que tendremos más luz.

—Buena idea, Steve —aprobó Dexter—. Cuanta más luz, mejor.

—Aguanta tú la linterna, Larry.

—Dame.

Connors entregó la linterna a su compañero y extrajo una caja de cerillas. Rasgó la cabeza de una de ellas contra el lateral de la caja y la acercó al hachón.

Como estaba bastante alto, se puso de puntillas y se cogió con la mano izquierda del artístico brazo de metal, para sostenerse mejor.

Entonces, sucedió algo que llenó de terror a Larry Dexter.

Una ancha franja de pared giró sobre sí misma con brusquedad, engullendo, como si de la boca de una enorme bestia prehistórica se tratara, a Steve Connors, pues a este no le dio tiempo de soltarse del artístico brazo de metal, y como dicho brazo se hallaba clavado en el trozo de pared que

había girado bruscamente, arrastró consigo a Connors.

—¡Steve...! —chilló Dexter, perdiendo la linterna del susto.

Afortunadamente para él, la linterna era resistente, y no sufrió ninguna avería, por lo que siguió alumbrando normalmente.

Larry Dexter, cuyo cuerpo se había quedado tan helado como hubiera quedado si lo hubiesen dejado caer en pleno Polo Norte con un diminuto «slip» por toda vestimenta, recogió rápidamente la linterna y enfocó nerviosamente la franja de pared que se había tragado a Steve Connors de forma tan fulminante como misteriosa.

—¡Steve!... ¡Respóndeme, Steve!... ¿Dónde diablos te has metido?

Connors no respondió.

Dexter, aterrorizado, se lanzó contra la pared y comenzó a golpearla furiosamente con el zurdo.

—¡Steve, contesta! ¡No puedes hacerme esto, Steve! ¡Deja de jugar al escondite, maldita sea! ¡Haz el favor de salir de ahí detrás! ¡Te lo ordeno, Steve!

Connors siguió sin dar señales de vida.

Dexter, angustiado, corrió hacia la primera puerta de aquel lado de la pared.

Su amigo tenía que estar allí.

Dexter abrió la recia puerta y alumbró el interior de la amplia habitación con la linterna.

Creyó morir de espanto cuando vio, colgado del techo de la habitación, con una soga al cuello, a un hombre.

La expresión del ahorcado era tan horrible, tan escalofriante, tan estremecedora, que Larry Dexter arrojó la linterna y echó a correr hacia la escalera de medio caracol, tan deprisa, que los talones le golpeaban el trasero.

—¡Aaaahhhh...! ¡Aaaahhhh...! ¡Aaaahhhh! —gritaba una y otra vez, como un auténtico demente.

CAPÍTULO 5

S

TEVE Connors no era de los que se asustaban fácilmente.

Por eso, y tras unos segundos de lógica sorpresa, recurrió de nuevo a su caja de cerillas y encendió un fósforo.

Era el único medio de saber dónde se encontraba, pues la más absoluta oscuridad le envolvía por completo.

La llama del fósforo le permitió averiguar que se hallaba en una especie de estrecho pasadizo, que doblaba hacia la derecha unos metros más allá.

Steve no quiso adentrarse en aquel pasadizo secreto, entre otras cosas, porque su amigo Larry había quedado al otro lado de la pared, en el corredor, y deseaba reunirse cuanto antes con él.

Sonrió ligeramente al pensar en Larry.

Debía estar muerto de miedo, el pobre, completamente solo en el corredor.

La cerilla, prácticamente consumida ya, quemó el extremo de la yema del pulgar de Steve, y este, lógicamente, la dejó caer al suelo en el acto.

Rápidamente encendió otra y la aplicó al hachón, sin apoyarse esta vez en el brazo de metal.

El hachón se encendió sin mayores dificultades y su poderosa llama iluminó totalmente el estrecho y húmedo pasadizo.

Steve se guardó la caja de cerillas y comenzó a manipular el artístico brazo de metal.

Recordaba perfectamente que la pared había girado sobre sí misma con brusquedad cuando él cogió el brazo de metal con su mano izquierda, para sostenerse mejor.

No había duda, pues, de que aquel brazo de metal accionaba el complicado mecanismo que hacía girar la gruesa pared.

Y él lo accionaría de nuevo, aunque no sabía el tiempo que ello le llevaría.

Afortunadamente, no fue mucho.

En cuanto Steve tiró hacia abajo de la parte central del brazo de metal, la pared giró nuevamente sobre sí misma de forma brusca.

Steve, que ya estaba preparado, se dejó arrastrar por el brazo de metal y

se encontró de nuevo en el largo corredor, ahora iluminado en buena parte por la poderosa llama del hachón.

Frunció el ceño al no ver a Larry Dexter.

—¡Larry! —llamó.

No obtuvo respuesta.

Steve se acercó a la escalera de medio caracol.

—¿Estás ahí abajo, Larry?

Dexter tampoco le respondió esta vez.

Steve comenzó a descender.

Lo hacía despacio, pues había anochecido ya, y la oscuridad, en el vestíbulo, era casi total.

Steve recordó haber visto, cuando él y Larry subían aquella escalera, un candelabro en la pared.

Encendió una cerilla.

Casualmente, se encontraba frente al candelabro.

Steve aplicó la llama a las ennegrecidas mechas de las gruesas velas, cuatro en total.

Las llamas de las velas iluminaron en parte el vestíbulo.

Gracias a ello, Steve pudo descubrir a su amigo Larry.

Yacía al pie de la escalera, boca abajo, absolutamente inmóvil.

Su gorra yacía cerca de él.

—¡Larry! —gritó Steve, paralizado por la sorpresa.

Pero reaccionó enseguida, y en un par de saltos, acabó de salvar los peldaños que restaban. Se arrodilló junto a su compañero y le dio la vuelta.

—¡Larry!... ¡Despierta, Larry! —gritó, palmeándole con fuerza las mejillas.

Dexter comenzó a mover la cabeza, emitiendo, al mismo tiempo, unos extraños sonidos.

—Larry... —murmuró Connors.

Dexter dejó de mover la cabeza y de emitir sonidos raros y abrió los ojos.

—Steve... —musitó.

Connors sonrió suavemente.

—Aquí estoy, muchacho. ¿Te encuentras bien?

—Me duele la cabeza... —respondió Dexter, llevándose una mano a la frente.

—¿Te diste algún golpe?

—No lo recuerdo. ¿Dónde está mi gorra?

—Ahí, junto a ti.

—Ah.

—Sin duda te caíste por la escalera... Debiste bajarla tan deprisa, que te falló un pie y...

Súbitamente el rostro de Larry Dexter se transfiguró.

Acababa de recordarlo todo.

—¡Steve! —chilló, agarrándose con fuerza a la cazadora de Connors.

—¡Larry! —exclamó Connors, alarmado por la transfiguración del rostro de su amigo.

—¡El muerto! —gritó Dexter, los ojos llenos de terror.

—¿Qué?

—¡El ahorcado!

—¿Ahorcado?

—¡Colgaba del techo, Steve!

—Cálmate, Larry, por favor... —rogó Connors, palmeándole suavemente la mejilla.

—¡Tenía un palmo de lengua fuera!

—¿Quién?

—¡El ahorcado!

—Oh, vamos, Larry...

—¡Te lo juro que es verdad, Steve! ¡Lo vi con mis propios ojos!

—¿Dónde?

—¡Arriba! ¡En la habitación más próxima al hachón que giró con la pared, engulléndote a ti como se engulló la vaca a «Pulgarcito», en el famoso cuento! ¡Entré allí pensando que iba a encontrarte, pero no te encontré a ti, sino al ahorcado!

Connors sonrió.

—El miedo te jugó una mala pasada, Larry.

—¡Que no, Steve, que no fue producto de mi imaginación! ¡Era una escena real! ¡El tipo estaba allí, colgando de una soga, con medio metro de lengua fuera!

—Un metro.

—¿Qué? —parpadeó Dexter, sin comprender.

—Que cuando vuelvas a hablarme de la lengua del ahorcado, la tendrá un metro fuera. Primero dijiste un palmo; ahora, medio metro. La próxima vez, dirás un metro, estoy seguro.

—¡No te burles de mí, Steve!

—Tú tienes la culpa. Si no fueras tan exagerado...

—¡Tenía por lo menos un palmo de lengua fuera, te lo juro!

—Hombre, ya llegaron las rebajas.

—¡Y unos ojos blancos, enormes, a punto de salirse de las órbitas! ¡Parecían huevos de gallina!

—De dos yemas, seguro.

—¡De dos cuernos! —rugió Dexter, harto de tanta burla.

Connors se cubrió la boca con la mano, para que su amigo no le viera reír, y luego dijo:

—Te ayudaré a ponerte en pie, Larry.

—¡Quita! ¡No necesito tu ayuda, guasón del demonio! —refunfuñó Dexter, soltándole un zarpazo.

—Como quieras.

Dexter se puso en pie, se colocó la gorra, y se llevó la mano a la nuca.

—No sé cómo no me rompí el cuello. Me bajé casi toda la escalera rodando como una pelota —rezongó.

—Seguro que batiste algún récord mundial de velocidad en tu carrera. Lástima que no pueda ser homologado —sonrió Connors.

—¡Basta de pitorreo, Steve, o te sacudo! —amenazó Dexter, mostrándole el puño.

—Tranquilo, muchacho, tranquilo.

—¡Si digo que hay un ahorcado en la habitación más próxima a aquel hachón, es porque lo hay! ¡No tienes más que subir y comprobarlo! —sugirió Dexter.

Connors asintió con la cabeza.

—Excelente idea, Larry —dijo, y empezó a subir la escalera.

Dexter sintió un escalofrío.

—¡Steve! —gritó, dando un salto hacia él y cogiéndolo por un brazo.

Connors le miró.

—¿Qué sucede, Larry?

—¿Adónde vas?

—A preguntarle a tu amigo el ahorcado si quiere que lo baje o prefiere seguir colgado. Tú me lo sugeriste, ¿no?

—¡No!

—¿No...?

—¡Que yo no vuelvo a quedarme solo, quise decir!

—Eso tiene fácil arreglo, Larry: sube conmigo.

—¡Ni hablar!

Connors sonrió burlonamente.

—¿De qué tienes miedo, Larry? Los muertos no pueden hacer ningún daño...

—¡Pero los espíritus malignos sí! ¡Es lo suyo!

Connors apretó las mandíbulas.

—Si vuelves a hablarme de espíritus, malignos o benignos, te dejo sin dientes de un puñetazo.

Dexter guardó silencio.

Connors lo miró severamente.

—¿Subes conmigo, Larry?

Dexter titubeó.

—Sí, subo contigo —se decidió finalmente—. Todo menos quedarme solo de nuevo.

—Andando, pues.

Connors echó a andar hacia arriba.

Dexter le siguió, muy de cerca.

De pronto, se escuchó un chirrido de goznes.

Larry Dexter dio un respingo y se volvió.

—¡Steve! ¡La puerta se está abriendo, Steve...!

Steve Connors se giró también y observó la pesada puerta del castillo.

Efectivamente, se estaba abriendo.

Muy lentamente.

CAPÍTULO 6

L

ARRY Dexter, instintivamente, se cogió a su amigo.

Estuvo a punto de gritar: «¡Los espíritus malignos, Steve!»

Pero no lo hizo.

Steve le hubiera atizado con el puño en la boca y la escalera de medio caracol hubiera quedado salpicada de dientes manchados de sangre.

Por eso se contuvo, limitándose a observar, con ojos dilatados por el terror, cómo se abría la puerta del castillo.

Steve Connors también tenía los ojos fijos en la pesada puerta, aunque su rostro no expresaba temor alguno.

Cuando la puerta se abrió lo suficiente como para dejar paso a una persona adulta, un rostro asomó tímidamente por el hueco.

Un rostro de mujer.

Terriblemente atractivo.

Los ojos de la joven, de larga y sedosa cabellera rubia, recorrieron el gran vestíbulo y acabaron deteniéndose en la escalera de medio caracol que había al fondo, sobre la que se encontraban Steve y Larry.

—¡Adelante, no se quede ahí! —dijo jovialmente Steve, quien, desentendiéndose de su asustado amigo, descendió de dos en dos los peldaños que poco antes había subido y caminó con paso raudo hacia la puerta.

Larry se apresuró a seguirle.

La joven rubia se coló en el castillo y cerró la puerta.

Miró a Steve y Larry, sonriente.

Steve, mientras avanzaba hacia la puerta, recorrió con los ojos el esbelto cuerpo de la muchacha. Vestía un traje de chaqueta y pantalón, color coñac, que le sentaba estupendamente.

Steve le concedió unos veintidós años.

Al traje, no; a la chica.

Y también le concedió 89-60-86.

Busto, cintura y cadera, naturalmente.

Por ahí, por ahí andaría la cosa, sí.

Steve se detuvo delante de la chica, a medio metro escaso.

—A espíritus malignos como este me apuntaba yo, Larry —dijo, mirando significativamente a la joven rubia.

Dexter emitió un gruñido, porque el comentario de su compañero no le había hecho ninguna gracia.

La recién llegada sonrió encantadoramente, mostrando unos dientecillos blancos y brillantes, la mar de graciosos.

—Si usted es Larry... —señaló a Dexter con un dedito—, usted debe ser Steve —ahora señaló a Connors.

Los dos amigos denotaron sorpresa.

—Nos, conoce, Larry... —murmuró Steve.

—Sí, eso parece —dijo Larry.

La chica habló de nuevo:

—Permítame que me presente. Soy Caroline Reed.

—¿Reed...? —repitió Steve, subiendo las cejas.

La joven dio una graciosa cabezadita.

—Soy hija de Christian Reed, el actual propietario de este magnífico castillo.

—¿De veras le parece magnífico...? —preguntó Dexter.

—Por fuera, al menos, sí. Y espero que por dentro también me guste.

—A mí no me gusta nada —rezongó Dexter.

Connors le pegó un codazo, disimuladamente.

—No empieces, Larry —habló por la comisura de la boca.

Caroline Reed, que había oído claramente las palabras de Larry Dexter, preguntó:

—¿Han recorrido ya todo el castillo?

—¡No, qué va! —respondió Connors, sonriendo—. Nos disponíamos a recorrerlo ahora. Solo hace unos minutos que llegamos, Caroline.

—¡Qué bien! Así podremos recorrerlo juntos.

—Y será mucho más divertido, de eso no hay duda.

—Sí, la mar de divertido —masculló Dexter.

Connors le soltó otro codazo.

Caroline Reed miró a Dexter y preguntó:

—¿Por qué dijo antes que no le gusta el castillo, si todavía no sabe cómo es por dentro, Larry?

—Me basta conocer la leyenda que...

Dexter se interrumpió, dando un grito, y se puso a saltar a la pata coja.

Y tenía motivos para ello.

El pisotón que acababa de propinarle Connors, no había sido ninguna tontería.

—¿De qué leyenda iba a hablar Larry, Steve? —preguntó Caroline Reed, intrigada.

—Está chiflado, no le haga caso —respondió Connors, mirando con

severidad a su compañero.

—Por favor, Steve —rogó la joven—. Siento una gran curiosidad.

—Si no son más que tonterías, Caroline.

—Sí, sí, tonterías... —rezongó Dexter.

—Cierra el pico o te trituro el otro pie —amenazó Connors.

Dexter se separó un poco más de su compañero, por si las moscas.

—¿Por qué trata así a su amigo Larry, Steve? —preguntó Caroline, extrañada.

—Porque me tiene harto. No dice más que estupideces.

—Deje que hable, se lo ruego.

—Le soltaré un cuento de brujas, se lo advierto.

La joven sonrió.

—Me encantan los cuentos de brujas, Steve.

—¿Ah, sí...?

—De veras.

Steve Connors dio un suspiro de resignación.

—Está bien, usted lo ha querido. Larry, puedes empezar a largar.

—¿No me triturarás el otro pie...? —preguntó Dexter.

—No temas, no habrá más pisotones ni más codazos —prometió Connors.

—En ese caso...

—Hábleme de esa leyenda, Larry —rogó Caroline Reed.

Dexter lo hizo, sin que Caroline le interrumpiera en ningún momento.

Aunque le dirigió cada mirada que...

Cuando Dexter concluyó, Caroline murmuró:

—Qué leyenda más interesante...

—Más horripilante, querrá decir —repuso Dexter.

—Ahora comprendo por qué mi padre no quiere venir al castillo.

—¿Su padre? —exclamó Connors—. ¿Acaso él conoce también esa estúpida leyenda...?

—Seguro que sí. Charles Moore, el anterior dueño, debió contársela. A mí, sin embargo, papá no me dijo nada. Yo le sugerí varias veces que viniésemos a conocer el castillo, pero él siempre ponía una excusa u otra. Tampoco consintió que yo viniera sola... Anoche, cuando regresó a casa, me relató a agresión de que había sido objeto en Hyde Park, por unos desconocidos, y cómo impidieron ustedes que fuera desvalijado, o algo peor... También me habló, por primera vez, de los proyectos que tenía: convertir el castillo en un parador de turismo. Y que ustedes dos iban a encargarse de todo.

Confieso que la idea me entusiasmó, y cuando supe que ustedes iban a venir hoy al castillo, decidí venir yo también, en mi coche. Sin decirle nada a papá, naturalmente. De haberlo hecho, ahora no estaría aquí, porque él no

me hubiera dejado venir, estoy segura. Y todo por culpa de esa leyenda...

—Leyenda que usted no cree, ¿verdad, Caroline? —preguntó Connors.

La muchacha sonrió.

—Naturalmente que no, Steve. Pero sigo pensando que es una leyenda muy interesante.

—¿Lo estás viendo, Larry? —dijo Connors, mirando a su compañero—. Tampoco Caroline cree en espíritus malignos.

—Pero su padre sí —replicó Dexter—. Prueba de ello es que no se ha atrevido a acercarse por aquí, y nos ha mandado a nosotros, a ver qué pasa.

—A lo mejor Caroline está equivocada, y su padre no sabe nada de esa ridícula leyenda. Es un hombre muy ocupado, y puede que sea cierto que no haya venido al castillo porque sus negocios no se lo permiten.

—Sí, es posible —admitió la joven.

—Seguro que es por eso —insistió Connors.

—Bien. ¿Empezamos ya a recorrer el castillo? —sugirió Caroline Reed.

—Vamos a ello, Caroline —sonrió Connors, tomándola familiarmente del brazo.

—¡Un momento! —dijo Dexter.

Steve y Caroline le miraron.

—¿Qué ocurre ahora, Larry? —preguntó Connors.

—Todavía no le he dicho a Caroline lo más importante.

—¿Qué es ello, Larry? —inquirió la muchacha.

Dexter se pasó la lengua por los labios, nerviosamente, e informó:

—Arriba, en la primera habitación, hay un tipo colgando del techo, con una soga alrededor del cuello.

Caroline Reed abrió mucho sus preciosos ojos, de pupilas muy claras.

—¿Es eso cierto, Steve...? —preguntó, con un hilo de voz.

—¡Qué va a ser cierto! —respondió Connors, enfadado.

—¡Que pierda mi gorra si miento, que es lo que más quiero! —gritó Dexter.

—¡La vas a perder, pero va a ser del castañazo que te voy a dar!

Larry Dexter dio un salto hacia atrás, porque Steve Connors parecía decidido a sacudirle.

Y tal vez lo hubiera hecho, si Caroline Reed no le hubiese sujetado por el brazo.

—Por favor, Steve —rogó la muchacha.

—No puedo permitir que ese estúpido le meta el miedo en el cuerpo, Caroline —masculló Connors.

—No estoy asustada, Steve —aseguró ella, con una sonrisa.

—¿De veras que no?

—De veras.

—Me alegro. Ande, vamos. Subiremos a esa habitación y e

demostraremos al gallina de Larry que no hay ningún ahorcado en ella, que todo fue producto de su ridículo miedo. Le dejé un instante solo, y le faltó tiempo para ver cosas que solo existían en su mente.

—Subamos, Steve.

Steve y Caroline echaron a andar hacia la escalera de medio caracol, cogidos del brazo.

Larry fue tras ellos, gruñendo por lo bajo.

Subieron los tres por la escalera.

Una vez arriba, fueron directamente a la habitación que había indicado Larry.

La puerta continuaba abierta, y la linterna yacía en el suelo, alumbrando hacia el interior de la habitación.

Steve recogió la linterna y enfocó hacia arriba.

Del techo no colgaba nadie.

CAPÍTULO 7

S

TEVE Connors se volvió hacia su amigo.

—¿Qué dices ahora, Larry?

Larry Dexter no dijo nada.

Y el caso es que quería decir muchas cosas.

Pero no podía hablar.

Movía la boca, sí, pero no pronunciaba palabra alguna.

Parecía un pez fuera del agua, boqueando exageradamente, como si se estuviera asfixiando.

En vista de que sus cuerdas vocales se negaban a funcionar, Larry levantó el brazo y apuntó al techo, justo al lugar donde, minutos antes, viera colgando a un hombre, con los ojos en blanco, a punto de saltarle de las cuencas, y un palmo de lengua fuera de la boca.

Steve, que seguía dirigiendo hacia el techo el cono de luz de la linterna eléctrica, dijo:

—No hay nadie, Larry.

—Es cierto, Larry —dijo Caroline Reed.

—¡Pues lo había! —chilló Dexter, recuperando de pronto la facultad del habla—. ¡Colgaba de ese lugar, más muerto que mi abuela! ¡Y mi abuela lleva diez años enterrada!

—Figuraciones tuyas, Larry —dijo Connors.

—¡Y un cuerno son figuraciones! ¡El ahorcado no está porque alguien se lo ha llevado a otro lugar!

—¿Quién, Larry? —preguntó Caroline.

—Los espíritus malignos —respondió burlonamente Connors.

—¡Sí, ellos! —gritó Dexter, que no cesaba de bailotear, porque el miedo no le permitía estarse quieto.

Connors se echó a reír.

—Está chiflado, ya se lo dije —miró a la hija de Christian Reed.

—¡Estoy más cuerdo que tú!

—¿Qué tienes ahora, el baile de San Vito?

—¡Tengo lo que me da la gana!

—Está bien, sigue con eso, Fred Astaire.

Caroline se acercó a Larry y le puso una mano en el hombro, cariñosamente.

—Tranquílícese, Larry.

—¿Cómo voy a tranquilizarme, si el ahorcado ha desaparecido? —repuso Dexter, que continuaba con el nervioso bailoteo.

—Cuidado, Caroline —dijo Connors—. Como la tome por Ginger Rogers, está usted lista.

—¡Pitorréate de tu tía, Steve! —rugió Dexter.

Caroline Reed, conteniendo la risa, dijo:

—Larry, es posible que Steve tenga razón.

—¡No tema, no la tomaré por Ginger Rogers!

—Por Dios, Larry, que yo no me refería a eso, sino a lo otro.

Dexter dejó de bailotear y apretó los maxilares.

—¿También usted piensa que estoy chiflado, Caroline?

—¡Desde luego que no!

—¡Está diciendo que no me cree!

—¡Sí, sí le creo!

Dexter parpadeó.

—¿De veras me cree usted, Caroline?

Ella le sonrió con ternura.

—Sí, Larry. Creo que usted vio lo que dice que vio, aunque, sinceramente, pienso que esas escalofrantes imágenes fueron creadas por su mente, en un momento de gran terror... Usted cree en la leyenda que le contó el dueño de la taberna, entró en el castillo lleno de miedo, pensando en ahorcados y en espíritus malignos. Nada de particular tiene, pues, que al quedarse solo unos minutos, creyera ver un ahorcado... Lo mismo ocurre con los sueños, Larry. Vemos una película de terror, y luego vivimos en sueños una historia de terror. Y las imágenes son tan reales, que, si no fuera porque de pronto nos despertamos, y nos encontramos en la cama, juraríamos y rejararíamos que todo había sucedido realmente.

—Sí, pero... —murmuró Dexter.

—¿Cuántas veces ha soñado usted que estaba haciendo el amor con alguna rubia despampanante? —preguntó Caroline, interrumpiéndole.

Dexter, pese a todo, sonrió.

—Muchas, Caroline —confesó, bajando ligeramente la mirada.

—¿Verdad que sí? ¿Y no es cierto, también, que algunas de esas veces, al despertarse, sufre una gran desilusión, porque creía que de verdad estaba usted pasándolo bomba con la rubia despampanante?

—Sí, es cierto, Caroline —admitió Dexter, pellizcándose la oreja.

—¿Se da cuenta de lo fácil que es confundir la ficción con la realidad, Larry?

—Sí, usted me lo ha hecho ver.

—Eso era lo que yo pretendía, Larry.

—Ahora me siento mucho mejor, de veras.

—No sabe cuánto me alegro —sonrió Caroline, y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—¡Eh! Yo también quiero una ración de eso —exclamó Connors, realmente sorprendido de ver cómo la hija de Christian Reed había logrado tranquilizar a Larry.

Caroline rio.

—Usted no ha hecho méritos para ganárselo, Steve.

—¿Y ese bribón sí? —Connors señaló a Dexter.

—Sí, Larry sí. Estaba terriblemente nervioso y asustado, y ahora ya no lo está. ¿No es cierto, Larry?

—Muy cierto, Caroline —asintió Dexter—. Y todo gracias a usted, que ha sabido explicarme las cosas como deben explicarse.

—¿Estás diciendo que ya no crees en la leyenda...? —se extrañó Connors.

—Si tú no crees en ella, y Caroline tampoco... ¿por qué voy a creer yo?

—¡Así me gusta, Larry! —exclamó Connors, palmeando la espalda de su amigo.

—De todos modos, no me dejéis solo —rogó Dexter—. No quisiera que la imaginación me jugase otra mala pasada. Yo ya no creo en espíritus malignos, pero si volviese a encontrarme a un tío colgando de algún sitio, con una soga al cuello, sería capaz de volver a creer en ellos...

Connors rio.

—¡Es decir, que Caroline te ha curado, pero no del todo!

—Hombre, no conozco ninguna enfermedad que se cure de golpe, todas precisan un tiempo, más o menos largo, de tratamiento... —repuso Dexter.

—Me parece que lo que Larry quiere decir es que teme una recaída —intervino Caroline, sonriendo.

—Eso —asintió Dexter.

—Pues no la tendrá, no se preocupe. Steve y yo no le dejaremos solo ni un segundo, así que no tendrá oportunidad de ver nada imaginario. Solo las cosas que existan realmente.

—Eso es lo que yo quiero.

—Bueno, basta de charla y pongámonos en movimiento, que hay mucho que recorrer —dijo Connors.

Salieron los tres de la habitación.

Steve apagó la linterna, pues el hachón encendido seguía iluminando el largo corredor.

No obstante, encendió dos más, antes de revisar las restantes habitaciones cuyas puertas daban a aquel corredor.

Algunas de dichas habitaciones tenían salida por la parte opuesta.

Todo estaba cubierto de polvo.

Sin embargo, los muebles se conservaban bastante bien, y la mayoría de ellos serían aprovechables en el caso de que el castillo se convirtiese, efectivamente, en un parador de turismo, como era el deseo de Christian Reed.

Tras recorrer los distintos salones y alcobas de aquella parte del castillo, y por una escalera distinta, Steve, Larry y Caroline descendieron de nuevo a la planta inferior.

Se encontraron en la sala de armas del castillo.

Varias armaduras, sin brillo alguno, por la falta de cuidados, se alineaban a ambos lados de la espaciosa sala, próximas a la pared, cada cual sobre su respectiva tarima forrada de gruesa tela roja.

Colgadas en las paredes, había una gran cantidad de armas, todas ellas típicas de la Edad Media.

Espadas, dagas, lanzas, hachas de distintos tamaños y formas, mazas, plumadas, manguales, arcos y flechas, ballestas...

Después de admirar la belleza de todas y cada una de aquellas armas, pese a su falta de limpieza, Steve, Larry y Caroline continuaron su recorrido por la planta inferior del castillo.

Larry, a cada minuto que pasaba, se hallaba más tranquilo y seguro, al ver que no volvía a tropezarse con ahorcados ni veía cosas raras.

Precisamente, cuando empezaba a sentirse seguro de todo, sucedió algo que volvió a llenarle de terror.

Ocurrió al cruzar por un corto corredor.

Inexplicablemente, el suelo se hundió de pronto bajo sus pies y se lo tragó.

—¡Steve...! —chilló desesperadamente Larry, mientras desaparecía por el hueco.

Steve Connors volvió bruscamente la cabeza.

También Caroline Reed.

Ya no vieron a Larry Dexter, aunque sí el hueco cuadrangular por el que había desaparecido, y escucharon el sordo ruido producido por su cuerpo al chocar contra una superficie sólida.

—¡Larry! —gritó Connors.

—¡Dios mío! —exclamó Caroline, con voz estrangulada.

La trampa se cerró de nuevo con brusquedad y gran ruido de cadenas, antes de que Steve y Caroline tuviesen tiempo de asomarse por el hueco y ver dónde había caído Larry.

Caroline se cogió a Steve.

—¡Tenemos que hacer algo, Steve!

Connors observó las paredes de aquel corto corredor, esperando encontrar algo que le hiciera sospechar que se trataba del resorte que

accionaba el mecanismo que abría y cerraba la trampa.

No vio nada que llamase su atención.

Las paredes estaban completamente lisas.

—¡Steve! —gritó Caroline, apretándole el brazo.

—Te he oído, Caroline —respondió Connors, sin perder la serenidad.

—¡Hemos de sacar a Larry de ahí!

—Lo sacaremos, no te preocupes.

—¿Cómo se abrirá esa trampa?

—No tengo idea. Por eso vamos a bajar a los sótanos del castillo. El lugar en donde ha caído Larry, debe tener alguna puerta. La encontraremos, Caroline.

—¡Corramos, Steve! Si Larry permanece mucho tiempo solo, comenzará a ver ahorcados por todas partes.

—Sí, eso me temo. Vamos, Caroline —dijo Connors, cogiéndola de la mano y tirando de ella.

CAPÍTULO 8

L

ARRY Dexter no estaba viendo ahorcados por todas partes, pero poco le faltaba.

El terror le paralizaba hasta el último de los músculos de su cuerpo, y no podía moverse.

Tampoco tenía ganas de moverse.

No sabía dónde se hallaba, pues la oscuridad era absoluta.

Su caída, afortunadamente, había sido amortiguada por la gruesa capa de paja que recubría el suelo, y no se había roto ningún hueso.

Larry trató de traspasar con los ojos la negrura que le envolvía, pero no lo consiguió, a pesar de que aguzó sus pupilas al máximo.

—¡Steve! —se atrevió a llamar, con voz de cuerda prima de violín.

Connors no le respondió, claro.

Larry repitió la llamada, aunque su voz sonó igual de débil.

Y es que tenía miedo de gritar.

Tardó unos minutos en comprender que no ganaría nada quedándose quieto allí, en la oscuridad, silencioso como una piedra, esperando que Steve y Caroline apareciesen y le sacasen de aquel lugar.

Se armó de valor y metió la mano en el bolsillo de su chaquetón.

Buscaba su caja de cerillas.

La extrajo nerviosamente y rasgó un fósforo.

La llama iluminó la reducida estancia en la que se encontraba.

Parecía un calabozo.

Y debía serlo, pues la puerta tenía una pequeña ventana con barrotes de hierro.

Larry Dexter se puso lentamente en pie.

Antes de que la cerilla se consumiese totalmente, encendió otra.

Larry se acercó a la puerta, pidiendo a Dios mentalmente que no estuviese cerrada por fuera.

De pronto, su oreja izquierda rozó algo.

Le produjo una sensación tan extraña, que toda la piel de su cuerpo se erizó en el acto.

Larry apartó rápidamente la cara y ladeó la cabeza, aproximando la

cerilla a aquello que tan rara sensación acababa de producirle con solo un leve roce.

Se le heló la sangre en las venas al descubrir que se trataba de una tela de araña, y que, en el centro de ella, moviéndose ligeramente, había una gigantesca araña.

La araña más grande que Larry había visto jamás.

Negra, con rayas amarillas, y cuatro pares de patas enormes.

Larry pegó un salto hacia atrás, aterrado.

Notó en la nuca la misma sensación extraña que poco antes sintiera en la oreja.

Larry se revolvió como un gato.

Casi tocó, con la punta de la nariz, el cuerpo de otra enorme araña que se movía en otra tela de araña.

Larry dio un grito de horror y pegó otro salto, esta vez, hacia la puerta.

Perdió la cerilla que sostenía entre los dedos, la cual se apagó en el aire, y la caja de fósforos.

Larry no se entretuvo buscando la caja.

Temblorosamente, trató de abrir la puerta, tirando de los barrotes, los cuales encontró a tientas.

Gracias al cielo, no estaba cerrada por fuera, y se abrió fácilmente, con agudo chirriar de goznes.

Larry salió precipitadamente del calabozo.

Sorprendido, descubrió, a lo lejos, un débil resplandor.

—¡Steve! —llamó, creyendo que se trataba del reflejo de la luz de la linterna.

Sin embargo, no obtuvo respuesta.

—¡Steve...! —llamó de nuevo, gritando con todas sus fuerzas.

El eco de su voz quedó flotando en el aire.

Larry caminó hacia aquel débil resplandor, despacio, porque se movía prácticamente a ciegas.

Solo de pensar que podía tropezarse con otra araña como las que había visto en el calabozo donde cayó, le ponía la punta hasta los pelos de las cejas.

No obstante, siguió avanzando lentamente hacia el resplandor.

A medida que se acercaba a él, la oscuridad que le rodeaba iba tornándose menos absoluta.

Larry pudo descubrir, entonces, que caminaba por un corredor que solo tenía puertas en la parte izquierda, todas ellas cerradas, y con pequeñas ventanas de barrotes.

Más calabozos, no había duda.

Larry continuó avanzando.

El resplandor ya estaba cerca.

Procedía de la estancia que había al otro lado de la puerta que cerraba el corredor por el que Larry caminaba.

También aquella puerta tenía una pequeña ventana con barrotes de hierro.

Precisamente por allí, por la reducida ventana, se filtraba el resplandor que descubriera Larry al salir del calabozo.

Larry alcanzó la puerta y miró a través de la pequeña ventana.

Una oleada de frío le obligó a estremecerse de pies a cabeza, y nuevamente el pánico se apoderó de él.

¡Estaba allí!

¡El ahorcado estaba allí!

¡Colgaba del techo, con una soga al cuello, con aquella expresión tan horrible, tan escalofriante, tan estremecedora!

Larry Dexter apartó bruscamente la cara de la pequeña ventana y se la cubrió con las manos.

—¡No, Dios, no! —gimió, con voz que era apenas un susurro.

Permaneció así un par de minutos, sin moverse, la cara entre las manos.

Se estaba preguntando si de nuevo habría tenido visiones, por culpa del miedo que le había vuelto desde el instante en que el suelo del corredor cedió de repente bajo sus pies, tragándole, y que luego se había acrecentado al descubrir el par de gigantescas arañas que vivían en aquel calabozo.

Sí, seguramente.

Se sentía aterrorizado, y en aquel estado de ánimo, era posible ver cualquier cosa.

Caroline lo había dicho.

Larry bajó las manos lentamente y acercó de nuevo la cara a la pequeña ventana, diciéndose: «Tranquilízate, Larry. Si estás tranquilo, no verás al ahorcado. Solo existe en tu imaginación».

Sí.

Ese era el camino.

Autoconvencerse de que todo había sido fruto de su mente asustada.

Y Larry se autoconvenció.

Pero no le sirvió de nada.

Cuando sus ojos volvieron a mirar a través de la pequeña ventana, el ahorcado continuaba allí, con un palmo de lengua fuera y unos ojos blancos y enormes como huevos de gallina.

Larry apretó los párpados desesperadamente, hasta hacerse daño.

—¡Llévatelo, Dios! ¡Haz que desaparezca! ¡Si abro los ojos de nuevo, y lo sigo viendo, soy capaz de...!

Larry Dexter no llegó a decir en voz alta lo que sería capaz de hacer si volvía a ver al ahorcado.

Y no llegó a decirlo porque, en aquel preciso instante, su fino oído

detectó un leve chirrido de goznes.

Larry se volvió en el acto y abrió los ojos.

Como el corredor seguía estando oscuro, no vio nada.

Pero si oyó algo.

Un nuevo chirrido de goznes.

Una puerta se estaba abriendo, no había duda.

La puerta de uno de los calabozos del fondo.

A Larry se le puso la piel de gallina.

Se veía entre la espada y la pared.

Si abría aquella puerta, la que cerraba el corredor, se encontraba con el ahorcado.

Si se quedaba allí, quieto como un poste, el próximo muerto podría ser él.

Sí, porque su corazón no podía resistir tanto terror.

Todos los músculos cardíacos tienen un límite de resistencia, por muy sanos y fuertes que estén, y el suyo estaba llegando al final.

Sí, el paro cardíaco podía sobrevenir de un momento a otro.

Larry escuchó un tercer chirrido de goznes, mucho más largo y agudo que los anteriores.

Notó que las rodillas le flaqueaban.

También las manos le temblaban.

Y los labios.

Y hasta la visera de la gorra le tembló cuando vio, horrorizado, lo que salía de uno de los calabozos.

Era... era... ¡era un esqueleto!

¡Un esqueleto humano, cuyos huesos brillaban macabramente en la oscuridad del corredor, con una extraña fosforescencia!

¡Y se movía!

¡Caminaba!

¡Tenía vida!

¡El esqueleto tenía vida!

Larry Dexter notó que las piernas se le doblaban, debilitadas por el horror, y fue encogiéndose poco a poco, hasta quedar arrugado en el suelo, pegada su espalda contra la puerta que comunicaba con la estancia donde se hallaba el ahorcado.

—No... no es posible... —musitó.

No debía ser posible, desde luego.

Pero lo era.

El esqueleto viviente seguía avanzando hacia Larry Dexter. Lentamente.

Silenciosamente.

Macabramente.

CAPÍTULO 9

S

TEVE Connors y Caroline Reed recorrían los húmedos sótanos del castillo, tratando de encontrar a Larry Dexter.

Steve llevaba a la joven de la mano y alumbraba el camino con la linterna. De cuando en cuando, encendía un hachón, para que, tras ellos, no reinase de nuevo la más absoluta oscuridad.

De pronto, Caroline se detuvo y le miró.

—Steve...

—¿Qué?

—¿Crees que Larry cayó en aquella trampa por accidente?

—Naturalmente. ¿Tú no? —preguntó Connors.

Caroline se mordió el labio inferior.

—No estoy segura, Steve.

—Oh, vamos, Caroline... ¿Es que también tú vas a creer en espíritus malignos?

—Desde luego que no. Pero...

—Larry cayó en la trampa por accidente, no le des más vueltas al asunto.

—Tú y yo pasamos sobre ella antes que Larry, porque íbamos ligeramente adelantados. ¿Por qué no funcionó entonces?

Connors encogió los hombros.

—No lo sé, Caroline. Quizá, como llevaba tanto tiempo sin funcionar, no cedió con nuestro peso, y sí con el de Larry.

—Nosotros dos juntos pesamos bastante más que Larry —repuso la joven.

—Sí, pero...

—¿Sabes lo que creo, Steve?

—¿Qué?

—Que alguien accionó la trampa cuando Larry pasaba sobre ella.

—Por favor, Caroline, no digas tonterías.

—Tengo ese presentimiento, Steve, de veras.

—Pues es un presentimiento absurdo, Caroline.

—¿Por qué?

—No hay nadie más en el castillo; solo Larry, tú y yo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Diablos, razona con lógica, Caroline. ¿Quién iba a haber en el castillo? ¿Y por qué iba a querer atrapar a Larry en una trampa, y a nosotros no?

La joven se mordió de nuevo el labio.

—No tengo respuesta para tus preguntas, Steve...

—No la tienes porque no las hay.

—Es posible que tengas razón.

—Te convencerás en cuanto encontremos a Larry.

—Sí. Sigamos buscándole, Steve.

Se pusieron de nuevo los dos en movimiento.

Unos minutos después, descubrían a lo lejos una luz.

—¡Allí, Steve! —exclamó Caroline, alargando el brazo.

—Se ve una luz... —murmuró Connors.

—¡Debe ser Larry! ¡Habrá encendido un hachón!

—Vamos para allá.

Caminaron los dos con prontitud hacia la luz.

—¡Larry! —llamó Connors.

—¡Somos nosotros, Larry! —gritó Caroline.

Larry no les respondió.

Caroline, preocupada, murmuró:

—¿Por qué no contestará, Steve?

—No lo sé. Tal vez, al poco de encender el hachón, haya sufrido una nueva visión y haya echado a correr como alma que persigue el diablo. O puede que se desmayara del susto —pensó Connors.

—Prefiero lo último. Al menos, así, ya lo habríamos encontrado.

—Pronto saldremos de dudas. La luz ya está cerca.

—Sí.

Segundos después, la alcanzaban.

Era, en efecto, un hachón encendido, aunque alumbraba bastante menos que los otros. Se hallaba bajo un arco de piedra.

Steve y Caroline pasaron por debajo de él y se encontraron en una estancia desprovista de muebles, totalmente desnuda, con una puerta al fondo, la cual tenía una pequeña ventana con barrotes de hierro.

Pero ninguno de los dos reparó en estos detalles.

Solo tenían ojos para el hombre que colgaba del techo en el centro de la estancia, con una soga al cuello y la expresión más aterradora que ellos habían visto jamás.

Se habían quedado los dos paralizados.

De pronto, Caroline Reed lanzó un grito de horror y se abrazó fuertemente a Steve Connors.

Este la estrechó contra sí.

—Tranquilízate, Caroline.

—¡Es horrible, Steve!

—Sí, lo es.

—¡Larry tenía razón, el ahorcado existe, no era fruto de su paginación!

—No, es evidente que no.

—¡Estoy aterrada, Steve!

—Vamos, serénate. Al fin y al cabo, no es más que un muerto, y los muertos no pueden causar daño a nadie.

Caroline levantó la cabeza y le miró, los ojos dilatados.

—Pero, ¿es que no te das cuenta, Steve?

—¿De qué?

—¡Larry vio al ahorcado en una habitación de la planta superior del castillo, y ahora está aquí abajo, en el sótano!

Connors, gravemente, repuso:

—Sé lo que quieres decir, Caroline: alguien tuvo que traerle hasta aquí.

—¡Exacto! ¡Y eso demuestra que yo tenía razón, Steve! ¡Hay alguien más en el castillo, aparte de Larry, tú y yo!

—Sí, tiene que haberlo —admitió Connors.

—¡Y ese alguien tiene a Larry!

—Seguramente, sí.

Caroline volvió a abrazarse a él.

—¡Estoy muerta de miedo, Steve!

—No temas, Caroline. Yo te defenderé de quien sea. Para hacerte algún daño a ti, antes tendrían que matarme a mí. Y te aseguro que eso no les será fácil.

La muchacha volvió a mirarle, pálida como un difunto.

—Ahora me arrepiento de haber venido al castillo, Steve. Ojalá me hubiera quedado en Londres.

Connors le acarició suavemente la mejilla.

—Yo también lamento que hayas venido, Caroline, porque todo esto está resultando muy desagradable; especialmente, para ti. Por otro lado, sin embargo, me alegro de que te decidieras a venir. Eso me ha dado oportunidad de conocer a la chica más bonita de todo Londres. Más aún: de toda Inglaterra.

Ella sonrió, agradecida.

—Eres muy galante, Steve.

—¿Puedo darte un beso?

—Creo que lo necesito.

Connors le cogió delicadamente la barbilla y posó sus labios sobre los de ella, que estaban faltos de color y temblaban ligeramente.

Tras el beso, tierno y suave, los ojos de Caroline brillaron de un modo

distinto. La caricia parecía haberle levantado el ánimo.

—Gracias, Steve —murmuró, sonriéndole.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Por el beso.

—Soy yo quien debe dártelas a ti, por haber permitido que te besase. Tus labios saben a pastel de manzana. Y a mí me encanta el pastel de manzana, Caroline.

—¿De veras?

—Sí, es mi postre favorito. Y siempre tomo doble ración.

—Ya me estás pidiendo otro beso.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Eso de que siempre tomas doble ración, ha sido muy significativo.

Connors sonrió.

—Qué chica tan inteligente —dijo, y trató de besarla de nuevo.

Ella le puso una mano en la boca.

—Déjalo para cuando salgamos de esta, Steve. Si es que salimos...

—Gloff... ñasck... sclaff...

Caroline pestañeó.

—¿Cómo dices...?

Connors apartó la mano de la muchacha, la que ella le había puesto sobre la boca, y entonces pudo hablar claro.

—Digo que naturalmente que saldremos de esta, Caroline.

—¿Y por qué me lo dijiste en ruso?

—Eso no era ruso, mujer. Aunque admito que lo pareció, porque tu mano aplastaba mis palabras.

—Oh... Lo siento, no me di cuenta.

—No tiene importancia. Anda, vamos. Hemos de encontrar a Larry.

—Allí hay una puerta, con una pequeña ventana —señaló la joven.

—Con barrotes —añadió Connors, mirando también hacia la puerta—.

Es posible que Larry se encuentre encerrado ahí.

—¿Y por qué no respondió a nuestras llamadas?

—Puede que esté desvanecido, ya te lo dije. Si se asomó a la ventana, y vio de nuevo al ahorcado...

—Pobre Larry. Y nosotros que no quisimos creerle...

—Era difícil creer una cosa así, Caroline.

—Sí, claro.

—Vamos.

—Cuanto más lejos pasemos del ahorcado, mejor, Steve —rogó la muchacha.

—Sí, no te preocupes.

—Tiene una expresión tan horrenda...

—No lo mires.

Trazando un semicírculo, alcanzaron la puerta.

Connors miró a través de la pequeña ventana.

—¿Ves algo, Steve? —preguntó Caroline, nerviosa e impaciente.

—Nada. Está muy oscuro —respondió Connors.

—Utiliza la linterna.

—Eso me disponía a hacer.

Connors accionó la linterna y envió el haz de luz por entre los barrotes de la reducida ventana.

—¿Qué hay al otro lado, Steve? —preguntó Caroline, que no lograba dominar su ansiedad.

—Un corredor, con varias puertas como esta, todas en el lado derecho.

—¿Y Larry...?

—No lo veo. Tal vez esté encerrado en alguno de esos cuartos. Parecen calabozos.

—Entremos, Steve.

Connors abrió la puerta.

No pudo abrirla del todo, pues había algo detrás de ella que lo impedía.

Connors entró en el corredor y miró detrás de la puerta, enfocando el suelo con la linterna.

—¡Larry! —exclamó—. ¡Es Larry, Caroline!

—¡Gracias a Dios que lo encontramos! —exclamó la joven, entrando también en el corredor.

—¡Sostén la linterna, Caroline! —pidió Connors.

La muchacha la cogió y alumbró con ella a Larry Dexter.

Al verlo en el suelo, hecho una bola, con los ojos cerrados y el rostro blanco como la cal, se temió lo peor.

—¿Está... está...? —balbució.

—No, no está muerto, Caroline —la tranquilizó Connors, que ya estaba arrodillado junto a Dexter y le tomaba el pulso—. Su corazón late con normalidad. Solo está desvanecido.

—¡Qué alegría me das, Steve!

—Trataré de hacerle recobrar el conocimiento.

Connors zarandeó a su amigo, palmeándole la cara al mismo tiempo.

—¡Larry! ¡Somos nosotros, Larry! ¡Despierta, muchacho! ¡Estamos aquí, a tu lado! ¡Venga, no seas dormilón!

Larry Dexter abrió los ojos por fin.

—Steve... Caroline... —pronunció quedamente.

—Vaya, ya era hora —le sonrió Connors, para animarle—. Creía que no ibas a despertarte nunca.

—¿Cómo te sientes, Larry? —preguntó Caroline, sonriéndole también.

—Mal... Verdaderamente mal, Caroline... —respondió Dexter—. Será mejor que me cojáis y me llevéis a un sanatorio para enfermos mentales...

—No digas tonterías, Larry —le recriminó Connors.

—He vuelto a ver al ahorcado, Steve...

—Nosotros también lo hemos visto, Larry.

Dexter puso cara de sorpresa.

—¿Qué vosotros también...? —balbuceó.

—Es cierto, Larry —corroboró Caroline—. Nosotros también hemos visto al ahorcado.

Dexter compuso una mueca.

—Me estáis dando la razón, como a los locos. Y no os lo reprocho, porque creo que lo estoy...

—Te equivocas, Larry —repuso Connors—. Te damos la razón porque la tienes. La has tenido desde el principio. El ahorcado existe, Larry. Tú lo viste arriba, en aquella habitación, y luego lo volviste a ver en la estancia que hay al otro lado de esta puerta. Ahí es donde lo hemos visto Caroline y yo. Y donde continúa.

Dexter, en vez de alegrarse por lo que decía Connors, volvió a llenarse de terror.

—¡Vosotros también lo habéis visto, Steve!

—Sí, Larry. Y ahora no tengo más remedio que pedirte disculpas, por haberme burlado de ti. Aunque debes admitir que...

—¡Steve! —gritó Dexter, cuyo terror iba en aumento.

—¿Qué te ocurre, Larry?

—¡Si lo del ahorcado no era producto de mi imaginación, lo «otro» tampoco!

—¿Lo otro?

—¿A qué te refieres, Larry? —inquirió Caroline.

—¡A los esqueletos vivientes!

Caroline Reed no pudo evitar un estremecimiento.

—¿Esquele... esqueletos vivientes, Larry...? —musitó.

—¡Sí, Caroline, sí!

Steve Connors, que había fruncido el entrecejo, rogó:

—Explícate mejor, Larry.

—¡Surgió de uno de los calabozos del fondo del corredor! —informó atropelladamente Dexter, extendiendo el brazo—. ¡Y vino hacia mí, Steve!

—¿Quién?

—¡El esqueleto viviente!

Connors se pasó la mano por la cara.

—Larry, que un hombre se ahorque no es corriente, pero sucede a veces. Ahora bien, que un esqueleto ande, que tenga vida...

—¡Te juro que es cierto, Steve!

—Lo siento, Larry, pero no puedo creerte.

Dexter lo agarró de la cazadora, con la desesperación reflejada en su

rostro.

—¡Tienes que creerme, Steve! ¡Y tú también, Caroline! —miró un instante a la muchacha—. ¡Era un esqueleto humano, caminaba lentamente, sin producir el menor ruido, y sus huesos tenían una extraña luminosidad, brillaban poderosamente en la oscuridad del corredor! ¡Era una visión tan terrorífica, tan alucinante, que me desmayé antes de que el esqueleto viviente llegase hasta mí!

Steve alzó la cabeza y miró a Caroline.

La joven no hizo comentario alguno, pero se adivinaba que se sentía aterrorizada, que empezaba a creer en los espíritus malignos, aunque no se atreviese a confesarlo.

Connors cogió a Dexter por las axilas.

—Vamos, Larry. Te ayudaré a ponerte en pie.

—No podré sostenerme, Steve —gimió Dexter.

—Ya verás cómo sí. Vamos, arriba.

Dexter se incorporó y se apoyó en Connors.

De pronto, Caroline lanzó un chillido de horror y dejó caer la linterna.

Steve y Larry miraron inmediatamente hacia el fondo del corredor.

Larry también chilló, a pleno pulmón.

Al propio Steve, tan reacio a creer en espíritus malignos, estuvo a punto de escapársele un grito de terror.

¡El esqueleto viviente había vuelto a aparecer!

CAPÍTULO 10

C

ON su lento, silencioso, y macabro andar, el esqueleto viviente fue acercándose a ellos.

—¡Huyamos, Steve! —chilló, despavorida, Carolina Reed, tirando del brazo de Connors.

Este tiró a su vez del brazo de Dexter.

—¡Vámonos, Larry!

—¡No puedo caminar, Steve! —gimió Dexter—. ¡Las piernas se me doblan como si fueran de mantequilla!

—¡Domina tu terror, maldita sea!

—¡Ya me gustaría, ya!

—¡Muy bien, pues quédate aquí y conversa un rato con tu amigo el esqueleto! ¡Vámonos, Caroline!

Connors abrió la puerta y él y Caroline salieron del corredor.

—¡Steve...! —chilló Larry Dexter, saliendo disparado del corredor.

Sus piernas ya no parecían de mantequilla, sino de acero.

Tan deprisa corría, que pronto adelantó a Steve y Caroline.

Cruzaron los tres el arco de piedra, el que servía de entrada a la desnuda estancia de cuyo techo colgaba el ahorcado.

Al ver que Dexter se distanciaba, Connors advirtió:

—¡Cuidado, Larry! ¡Puede haber más trampas!

Al oír lo de las trampas, Dexter se quedó clavado, con un pie en alto.

—¡Mal si me quedo quieto, y mal si corro! —masculló—. ¡Maldita sea!

Connors, cuando él y Caroline pasaban junto a Dexter, agarró a este del brazo y lo desclavó, obligándole a correr de nuevo.

—¡No puedes quedarte quieto como un semáforo, Larry! ¡No te conviene!

—¿Y qué pasa con las trampas? —repuso Dexter.

—¡Si caemos en alguna, mala suerte! ¡Pero, al menos, caeremos los tres juntos, si corremos unidos!

—¡Pues vaya un consuelo!

—¡Si prefieres verte solo de nuevo...!

—¡No, eso no! ¡Mi corazón no lo resistiría!

—¡Entonces, no te separes de nosotros!

—¡No temas, no lo haré!

Siguieron los tres corriendo.

Poco después alcanzaban la escalera por la que Steve y Caroline habían descendido a los sótanos del castillo.

Subieron rápidamente por ella.

Los hachones que Steve dejara encendidos les servían ahora para saber por dónde corrían, pues la linterna eléctrica, había quedado en el suelo del corredor donde, por dos veces, había aparecido el esqueleto viviente.

Tardaron algunos minutos en alcanzar el gran vestíbulo, pero llegaron a él sin tropezarse con nuevos ahorcados o esqueletos que caminaran.

Salieron los tres del castillo, sudorosos y jadeantes.

Junto al «Chrysler» azul de Christian Reed, se hallaba un «Ford-Pinto», aerodinámico modelo de dos puertas, capaz de alcanzar los 160 Km/h.

Era el coche de Caroline.

La joven se introdujo rápidamente en él y puso el motor en marcha.

Steve y Larry entraron en el «Chrysler», sentándose el primero al volante.

El «Ford-Pinto» de Caroline arrancó, dirigiéndose veloz hacia el puente levadizo.

El «Chrysler» se puso en movimiento un par de segundos después.

Ambos automóviles cruzaron el puente levadizo y empezaron a alejarse del castillo.

Larry Dexter, tembloroso todavía, giró la cabeza.

Sintió un ramalazo de frío en la espalda y su temblor se acentuó.

—¡Steve...! —chilló, oprimiendo el muslo de su amigo.

Connors detuvo el coche y volvió la cabeza.

También él se estremeció.

No era para menos.

En lo alto de una de las torres del castillo, cuatro esqueletos vivientes interpretaban una danza tan extraña como macabra.

Un espectáculo realmente dantesco.

Aterrador.

Alucinante.

Caroline Reed, al ver que Steve Connors detenía el «Chrysler», frenó su coche y miró también hacia el castillo.

Le temblaron todos los huesos del cuerpo al contemplar el fantasmagórico espectáculo que tenía lugar en una de las torres de la fortaleza medieval.

—¡Dios mío, esto es para morir de espanto! —musitó.

En el interior del «Chrysler», Larry Dexter gimió:

—¡Vámonos de aquí, Steve! ¡Vámonos enseguida o mañana tendrás

que asistir a los funerales de tu amigo, Larry! ¡El corazón me brinca en el pecho como si se hubiera vuelto loco!

—Sí, ya hemos visto bastante —dijo Connors, poniendo de nuevo el coche en movimiento—. ¡Vámonos, Caroline! —gritó, al pasar junto al «Ford-Pinto» de la muchacha.

Ella puso el automóvil en marcha otra vez y siguió al «Chrysler».

* * *

Quince minutos después, ambos coches se detenían delante de la taberna de Rex Cooper.

Steve, Larry y Caroline saltaron al suelo.

Antes de entrar en la taberna, Steve advirtió:

—Ni una palabra a nadie de lo sucedido, ¿entendido?

—¿Por qué? —preguntó Dexter, extrañado—. Todos nos creerían...

—Por eso precisamente no quiero que hablemos de ello, porque nos creerían, y provocaríamos el pánico en Sutton.

—Pero, esta gente tiene derecho a saber...

—Ya lo sabrá en su momento, Larry.

—Está bien, no diremos nada —rezongó Dexter.

Steve tomó del brazo a Caroline y entraron los tres en la taberna.

Los cuatro hombres de antes continuaban allí, jugando a las cartas, lo cual dejaron de hacer al verlos entrar. Había, además, otros tres hombres, en torno a otra mesa, conversando, pero al instante dejaron de hablar.

Rex Cooper estaba detrás del mostrador, y tenía a su lado a Lorena, la atractiva pelirroja que sirviera las jarras de cerveza a Steve y Larry.

Todos miraron a los recién llegados.

Steve, Larry y Caroline tomaron asiento en torno a una de las mesas y el primero, mirando al dueño de la taberna, pidió:

—Coñac para los tres, señor Cooper.

—Ya lo has oído, Lorena —dijo Rex Cooper.

La pelirroja se apresuró a poner una botella de coñac y tres copas en una bandeja y salió de detrás del mostrador, caminando hacia la mesa de Steve, Larry y Caroline.

Rex Cooper también abandonó el mostrador y se aproximó a ellos.

Lorena ya estaba depositando la botella de coñac y las copas sobre la mesa, en silencio.

El propio Cooper escanció coñac en las copas.

Larry Dexter cogió la suya y la vació de un solo trago, sorprendiendo al dueño de la taberna, a la atractiva Lorena, y a los otros siete clientes.

—Llénela otra vez, señor Cooper —pidió a continuación.

Rex Cooper escanció de nuevo coñac en la copa de Larry.

Steve y Caroline bebieron también, aunque con mayor moderación.

En vista de que ninguno de los tres hablaba de su viaje al castillo, Rex Cooper se atrevió a preguntar:

—¿Qué tal les ha ido?

—Bien —respondió Connors.

—¿Seguro?

—Sí. ¿Le sorprende, señor Cooper?

—¿El qué?

—Que nos haya ido bien.

Rex Cooper tosió.

—Oh, no, ¿por qué iba a sorprenderme? Es solo que...

—¿Sí, señor Cooper...? —inquirió Connors, al ver que el propietario de la taberna se interrumpía.

—Pues, que no traen ustedes muy buena cara...

—¿No?

—No; ninguno de los tres. Están pálidos.

Steve, Larry y Caroline se miraron entre sí.

Era cierto.

Ninguno de ellos tenía color en el rostro.

—¿Se asustaron por algo, muchachos? —inquirió Cooper.

—Por nada, señor Cooper —respondió Connors—. Ya le he dicho que todo fue bien.

—Me alegro sinceramente. Yo, lo confieso, me hallaba preocupado.

—Y yo —se dejó oír Lorena.

Connors sonrió suavemente.

—No había motivos para preocuparse.

—Hombre, con la leyenda negra que... —empezó a decir el dueño de la taberna.

—Las leyendas, sean blancas o negras, son solo eso, señor Cooper: leyendas —le interrumpió Connors—. Es ridículo creer en ellas.

Rex Cooper no respondió.

De pronto, a Steve Connors se le ocurrió preguntar:

—¿Conoce usted personalmente a Charles Moore, señor Cooper?

—Oh, sí —asintió Cooper—. Le he visto un par de veces.

—¿Cómo es?

—¿Físicamente?

—Sí.

Rex Cooper lo describió con bastante detalle.

Steve, Caroline y Larry volvieron a mirarse entre sí.

Su palidez se había ido acentuando a medida que el propietario de la taberna describía a Charles Moore, el anterior dueño del castillo.

¡Aquella descripción correspondía a la del hombre que habían

encontrado ahorcado en el castillo!

CAPÍTULO 11

S

E sienten mal, muchachos...? —preguntó Rex Cooper, con gesto de preocupación.

—No, estamos bien —respondió Steve Connors.

—Tienen las caras mucho más blancas que antes...

—Estamos un poco cansados, eso es todo. El castillo es muy grande, y lo hemos recorrido casi todo.

—Corrido, más bien —rezongó Larry Dexter.

Connors le dirigió una severa mirada, al tiempo que le atizaba un puntapié, por debajo de la mesa.

Bueno, esa era la intención de Connors, pegarle un puntapié a Dexter, pero se lo dio involuntariamente a Caroline Reed.

La joven dio un gritito y se llevó la mano a la espinilla.

—Larry... —murmuró, sorprendida.

Connors tosió.

—Lo siento, Caroline. Quería darle a Larry —explicó.

—Pues me has dado a mí.

—No sabes cómo lo lamento, Caroline.

—Seguro que me has estropeado la media.

—Qué bueno —dijo Dexter, riendo entre dientes.

Connors volvió a mirarlo con severidad.

Caroline encogió rápidamente las piernas, por si acaso.

Connors, sin embargo, no volvió a disparar el pie, por temor a golpear de nuevo a la muchacha y estropearle la otra media.

Rex Cooper sugirió:

—Si están cansados, lo mejor es que se queden en Sutton esta noche.

Dexter respingó sobre la silla.

—¿Quedarnos en Sutton...? —exclamó.

—¿Hay algún lugar en donde podamos alojarnos, señor Cooper? —preguntó Connors.

—Aquí mismo, si les parece. Arriba tengo unas cuantas habitaciones.

—Magnífico, señor Cooper. Nos quedamos —decidió Connors, con una sonrisa.

—¡Steve! —gimió Dexter.

—He dicho que nos quedamos, Larry.

—Pero...

Connors se puso en pie, desentendiéndose de su amigo.

—¿Dónde están esas habitaciones, señor Cooper?

—Lorena se las mostrará —respondió el dueño de la taberna—. Lorena, acompaña a estos amigos —indicó a la pelirroja.

—Sígueme, por favor —sonrió ella, poniéndose en movimiento.

—Vamos, Caroline —dijo Connors, tomando del brazo a la hija de Christian Reed.

Siguieron a Lorena.

Larry Dexter, refunfuñando, fue tras ellos.

Había una escalera al fondo de la taberna, de altos peldaños, y por ella subieron los cuatro.

Lorena iba delante, y como su falda era corta, mostraba la parte posterior de sus muslos. Incluso, en un par de ocasiones, el breve y rosado «slip».

Todo un espectáculo.

Connors no se perdía detalle.

Por eso se ganó un codazo en el hígado.

Se lo dio Caroline, naturalmente.

Él la miró, extrañado.

—Creí que me habías perdonado el puntapié...

—Y así es. Te he dado con el codo por mirón —aclaró ella, ceñuda.

—¿Estás celosa...?

—¡Estoy cuernos! —gruñó Caroline.

Connors le pasó el brazo por los hombros y la apretujó.

—De ahora en adelante, prometo mirar solo tus piernas.

—Como no sea así, te arañaré —sonrió ella.

Connors la besó fugazmente en los labios.

—Ya se la ha ligado, ya —rezongó Larry Dexter, que iba tras ellos.

Llegaron arriba.

Había cuatro puertas, y todas ellas daban a un corto corredor, cuya luz encendió Lorena, quien, a continuación, abrió tres de las puertas.

—¿Desean alguna cosa? —preguntó la pelirroja.

—Nada más, gracias —respondió Connors.

—Si me necesitan para algo —Lorena miró significativamente a Larry —, no tienen más que pulsar el timbre que hay junto a la cama. Subiré enseguida.

—Así lo haremos, Lorena —sonrió Connors.

—Tú no llamarás a nadie —advirtió en tono bajo Caroline, pellizcándole el brazo con fuerza.

Connors reprimió un grito de dolor.

Lorena se tocó el cabello y echó a andar hacia la escalera, balanceándose provocativamente.

Dexter la siguió con los ojos hasta que ella desapareció por el hueco de la escalera.

—Cómo está la pelirroja, ¿eh, Steve? —murmuró.

Connors no respondió.

De haberlo hecho, se hubiese ganado otro pellizco. O un nuevo codazo al hígado.

Por eso no despegó los labios.

—Bien. ¿Vamos a quedarnos aquí, en el corredor? —gruñó Caroline.

—Por supuesto que no —respondió Connors—. Tenemos que hablar, y vamos a hacerlo en una de las habitaciones. En esta misma —indicó, entrando en la que tenía más cerca.

Larry y Caroline entraron también en la habitación, y Steve cerró la puerta.

—Quieres que hablemos del ahorcado, ¿verdad? —adivinó Dexter.

—Así es, Larry —asintió Connors—. Era Charles Moore, el anterior dueño del castillo.

—Sí, no hay duda de que era él —suspiró Caroline.

—Debió ir al castillo por algún motivo, y se encontró con los espíritus malignos, convertidos en esqueletos vivientes —comentó Dexter—. Y, para escapar de esa horrible pesadilla, que también nosotros hemos tenido la desgracia de vivir, decidió ahorcarse. Como en la leyenda: fue obligado a ahorcarse por los espíritus malignos que habitan en el castillo.

—Yo sigo sin creer en leyendas —dijo Connors, serio—. Ni en espíritus malignos.

—¡Steve! —exclamó Dexter, agrandando los ojos—. ¿Cómo puedes decir eso después de...? ¡Si viste a los esqueletos vivientes con tus propios ojos!

—Es cierto, Steve —musitó Caroline—. Los tres los vimos.

—Eso no eran espíritus malignos convertidos en esqueletos vivientes, sino personas de carne y hueso como nosotros —repuso Connors.

—¡De hueso, solo de hueso! ¡De carne no tenían ni un gramo! —puntualizó Dexter.

Caroline Reed preguntó:

—¿Por qué dices que eran personas como nosotros, Steve?

—Diablos, porque tiene que ser así, Caroline. Es la única explicación lógica. Allí, en el castillo, hay cuatro personas normales y corrientes, que, por alguna razón, no quieren que el castillo sea habitado. ¿Y cómo impedirlo? Pues, muy sencillo: asustando a todo aquel que se atreva a penetrar en él, que no serán muchos, por culpa de la leyenda negra que pesa

sobre el castillo, y que los habitantes de Sutton se han encargado de divulgar. Y, para asustar a quién se acerque por allí, nada mejor que disfrazarse de esqueletos. Es un numerito realmente escalofriante. Hasta yo mismo sentí pánico, lo confieso.

Larry y Caroline se miraron.

—Puede que Steve tenga razón, Larry... —murmuró la joven.

—Sí. Y también puede que no, Caroline. ¿Cómo saberlo? —repuso Dexter.

—Volviendo al castillo —sugirió Connors.

Larry Dexter empezó a saltar como un chimpancé.

—¡No cuentes conmigo, Steve! ¡Ni por todo el oro del mundo volvería a ese castillo! ¡Antes me dejo despellejar vivo!

Steve disparó el puño diestro, estrellando los nudillos en el mentón de su amigo.

Dexter cayó de espaldas sobre la cama.

—¡Maldita sea, Steve! ¡Ya has vuelto a pegarme!

—No me gusta verte saltar como un mono. Además, estabas gritando, y abajo van a enterarse de todo —masculló Connors.

—Tú me hiciste gritar, condenación —barbotó Dexter, levantándose de la cama y colocándose bien la gorra.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Lo de volver al castillo es un disparate. Pregúntaselo a Caroline y verás. ¿A que ella tampoco quiere volver? —Dexter miró a la muchacha.

Connors también la miró.

Caroline se mordió los labios nerviosamente.

—Bueno, yo...

—Tú no es necesario que vuelvas, Caroline —dijo Connors.

—¿No? —murmuró ella.

—No, prefiero que te quedes aquí. Larry y yo tendremos que liarnos a puñetazos con los tipos que se disfrazan de esqueletos, y...

—¡Larry no se va a liar a puñetazos con nadie! —exclamó Dexter, dando una patada en el suelo.

—Baja la voz y no sueltes coces, Larry, o te sacudo de nuevo —advirtió Connors.

—Está bien, si quieres que te lo diga bajito, te lo diré bajito: no pienso volver a ese maldito castillo.

—No tiene nada de maldito.

—Eso es lo que dices tú, pero no está demostrado.

—Nosotros lo demostraremos, Larry.

—Oh, no —Dexter sacudió la cabeza—. Tendrás que demostrarlo tú solito, Steve.

- Yo solo no puedo enfrentarme con cuatro hombres.
- Pues no te enfrentes, nadie te obliga a ello.
- Esos tipos se han reído de nosotros, Larry.
- Sí, seguro que sí.
- Todavía les debe estar doliendo el estómago, de tanto reírse.
- Que tomen bicarbonato.
- No me gusta que se rían de mí, Larry.
- A mí, en cambio, me da igual.
- Eso no es cierto.

Dexter arrugó el ceño.

- ¿Me estás llamando embustero?
- Solo digo que acabas de decir una mentira.
- ¿Y qué? Mi boca es mía, y puedo decir lo que me dé la gana.
- Hay otra cosa, Larry.
- ¿El qué?
- Un hombre ha muerto.
- ¿Te refieres a Charles Moore?
- Sí.

—Le mandaremos una corona de flores.

—No puede haber funeral, si no hay cadáver —observó Connors.

—Pero, en este caso sí hay cadáver, está en el castillo...

—Exacto, está en el castillo. Y hay que ir por él.

—Que vayan los de la funeraria. Si se atreven, claro.

—¿Y quién avisa a la funeraria?

—Tú mismo.

—Ni hablar. Yo no quiero líos con la policía.

Larry Dexter pestañeó.

—¿Policía...?

—Charles Moore no murió de muerte natural, sino ahorcado. ¿Lo has olvidado ya?

—Cómo iba a olvidarlo... —Dexter se estremeció ligeramente, al recordar la expresión del ahorcado.

—Los tipos que hay en el castillo son los responsables de la muerte de Charles Moore, Larry.

—Los tipos... o los espíritus.

—Te repito que son hombres de carne y hueso, Larry. Y lo demuestra el hecho de que, las veces que aparecieron, lo hicieron lejos de nosotros y rodeados de oscuridad, para que no pudiéramos distinguir su silueta. Deben llevar un traje negro, con un esqueleto pintado con pintura fosforescente, para que destaque en la oscuridad. A ellos, claro, no se les ve, a menos que haya algo de luz.

Caroline Reed intervino:

—A mí ya me has convencido, Steve.

—Me alegro —sonrió Connors.

—Déjame ir con vosotros.

—No, eso no. En las peleas de hombres, solo deben intervenir los hombres.

—¿Y cómo sabes que no hay ninguna mujer entre ellos? Puede que se trate de dos parejas...

—No, no creo que haya mujeres en esto.

—Por favor, Steve —rogó Caroline—. No podéis dejarme aquí. Me moriría de impaciencia y acabaría yendo en vuestra busca. Y tendría que ir sola... ¿No sería eso peor?

—Sí, mucho peor.

—¿Entonces...?

—Está bien, puedes venir con nosotros —accedió Connors—. Pero, prométeme que, en cuanto empiece el «tomate», te mantendrás al margen. No me gustaría que alguno de los tipos estropease tu linda cara.

—Prometido, Steve —sonrió Caroline.

—En marcha, Larry —dijo Connors, caminando hacia la puerta, llevando a Caroline cogida del codo.

Dexter descargó otra patada en el suelo.

—¿Y cuándo he dicho yo que estoy dispuesto a volver al castillo, vamos a ver? —exclamó, furioso.

Connors giró la cabeza.

—No lo has dicho, pero vas a hacerlo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque Caroline no tiene miedo de volver, y tú no querrás que una estilizada y delicada jovencita demuestre tener más valor que tú. ¿Me equivoco?

Dexter soltó un bufido.

—¡No es justo que trates de convencerme así, Steve!

—Todos los medios son buenos, en este caso —sonrió Connors—. Anda, vamos.

Steve y Caroline salieron de la habitación.

Larry, una vez más, se vio obligado a ir tras ellos, aunque, como en las ocasiones anteriores, maldiciendo entre dientes.

CAPÍTULO 12

R

EX Cooper y la pelirroja Lorena se sorprendieron bastante al ver bajar a Steve, Caroline y Larry, apenas unos minutos después de haber subido a las habitaciones con intención de descansar.

El dueño de la taberna se acercó a ellos.

—¿Ocurre algo, amigos?

—Nada, señor Cooper. Todo está bien —respondió Connors—. Es solo que hemos decidido dar un paseo por Sutton, para ver si se nos despierta el apetito. No nos seduce demasiado la idea de acostarnos sin cenar, ¿sabe?

—Oh, es eso... —sonrió Rex Cooper.

—Vaya preparando unos bistecs con patatas. Dentro de una media hora, estaremos de vuelta.

—Estarán listos para entonces, descuiden.

—Hasta luego, señor Cooper.

—Que disfruten del paseo.

—Gracias.

Steve, Larry y Caroline salieron de la taberna.

—Iremos en tu coche, Caroline —dijo Connors.

—Muy bien —respondió la joven.

Instantes después, el «Ford-Pinto» de Caroline Reed partía veloz en dirección al castillo.

—¿Por qué no le dijiste al señor Cooper que íbamos a volver al castillo? —preguntó Caroline, que iba al volante.

—Le hubiera extrañado muchísimo, y nos hubiese hecho muchas preguntas —explicó Connors, sentado al lado de la muchacha—. Mejor no decírselo.

—Mejor todavía hubiese sido quedarse en la taberna —gruñó Dexter, que iba en el asiento trasero.

—Ha hablado Larry «Corazón de León» —se burló Connors.

—¡Ha hablado tu abuela! —rugió Dexter.

Steve y Caroline rompieron a reír, lo cual enfureció aún más a Larry.

Minutos después, divisaban el castillo a lo lejos.

—Apaga las luces, Caroline —indicó Connors—. No quiero que nos

vean llegar. Y aminora también la velocidad.

La joven obedeció.

Segundos después, Steve Connors ordenaba:

—Detén el coche aquí, Caroline. No nos conviene acercarnos más.

—Tú lo has dicho, Steve. ¿Por qué no nos volvemos? —sugirió Dexter.

—De cobardes no se escribe, Larry.

—Y de valientes están los cementerios llenos —masculló Dexter.

—Vamos, abajo.

Descendieron los tres del coche, el cual había quedado a unos cien metros del castillo.

—Aunque no creo que los tipos nos crean capaces de volver esta noche, será mejor que caminemos encogidos y sin hacer ruido —aconsejó Connors.

Así lo hicieron.

Poco después, cruzaban el puente levadizo.

Amparándose en las sombras, alcanzaron la puerta del castillo.

Ellos la dejaron abierta de par en par, pero ahora estaba cerrada.

Connors la empujó, con cuidado, para que los goznes no chirriasen. No la abrió más que lo necesario para poder entrar.

Él fue el primero en introducirse por la abertura.

Caroline lo hizo a continuación.

Dexter vaciló.

Connors lo agarró por la solapa del chaquetón y tiró de él, obligándole a entrar. Inmediatamente después, cerró la pesada puerta.

La más absoluta oscuridad los envolvió, pues las velas del candelabro de la escalera de medio caracol habían sido apagadas, así como los hachones que Steve dejara encendidos.

Caroline sintió que la abrazaban.

—No te aproveches, Steve —dijo, sonriendo en la oscuridad.

—¿Qué? —murmuró Connors.

Caroline respingó, al darse cuenta de que la voz de Steve sonaba a unos dos metros de ella.

—¿Quién me está abrazando? —exclamó asustada, soltándose de aquellos brazos que la rodeaban.

Dexter carraspeó nerviosamente.

—Lo siento, Caroline. Creí que era Steve...

—¡Steve tiene el pecho bastante más liso!

—¡Silencio los dos! —ordenó Connors, autoritariamente—. Y a ti, Larry, ya te ajustaré las cuentas más tarde. Aprovecharte de que está oscuro para...

—¡Te juro que no fue intencionadamente, Steve!

—¡Silencio he dicho!

Dexter ya no despegó los labios.

—¿Caroline? —llamó Connors.

—Aquí estoy, Steve.

—Dame la mano.

La joven logró encontrar la mano de Steve.

—Bien. Ahora tú, Larry.

—¿Yo qué? —preguntó Dexter.

—Dale la mano a Caroline. Pero cuidado al alargar el brazo, ¿eh?

—Diablos, y qué mal pensado eres —rezongó Dexter.

—Nos conocemos hace años, no lo olvides.

Dexter soltó un gruñido.

—¿Ya tienes la mano de Caroline? —preguntó Connors.

—Sí, ya la tiene —informó la joven—. Y no ha tratado de aprovecharse.

—Qué raro.

—¡Vete al cuerno, Steve! —se exaltó Dexter.

—Silencio absoluto. Vamos a caminar hacia la escalera de medio caracol, subiremos por ella y alcanzaremos el hachón cuyo brazo de metal acciona el mecanismo que abre el pasadizo secreto. Tengo la corazonada de que ese pasadizo nos permitirá sorprender a los tipos. Venga, moveos.

A tientas, avanzaron los tres hacia la escalera.

Lograron dar con ella y subieron al piso alto. Tanteando la pared, dieron también con el brazo de metal que sostenía el hachón, el que hacía girar una franja de pared sobre sí misma.

—Cuando yo diga, saltad hacia adelante —indicó Connors.

—Y si la pared no gira, nos partiremos las narices —rezongó Dexter.

—Girará, Larry, no lo dudes. ¿Estáis listos?

Caroline y Larry respondieron afirmativamente.

—¡Ahora! —indicó Steve, tirando del brazo de metal hacia abajo.

Saltaron los tres hacia adelante, al mismo tiempo.

Inmediatamente, Steve encendió una cerilla y la aplicó al hachón, el cual iluminó el estrecho y húmedo pasadizo.

Seguidamente, cogió el hachón e indicó:

—Seguidme, muchachos. Sin hablar y sin causar el menor ruido.

Larry y Caroline, cogidos de la mano, siguieron a Steve.

Poco después, encontraban una escalera de caracol.

Por ella descendieron sigilosamente.

Daba a otro corredor, tan estrecho y húmedo como el anterior.

Steve, Larry y Caroline avanzaron por él con toda cautela.

Al final del corredor, encontraron una nueva escalera de caracol.

—Oigo voces... —murmuró Steve, parándose de pronto.

—Sí, es cierto —dijo Caroline.

—¿Serán los tipos, Steve? —inquirió Larry.

—Seguro. Están ahí abajo. Menuda sorpresa les vamos a dar. Ya puedes ir escupiéndote en las manos, Larry, porque les vamos a sacudir de firme.

Dexter apretó las mandíbulas.

—Como sean seres de carne y hueso, les voy a...

Connors, con un gesto, le rogó que guardara silencio y luego empezó a descender por la escalera de caracol, seguido de Larry y Caroline.

Al ver que abajo había luz, Steve dejó el hachón colgado en la pared y continuó sin él.

Segundos después descubrían, en una estancia de forma rectangular, a cuatro individuos, dos de los cuales no les eran desconocidos a Steve y Larry: eran los mismos que atacaron la noche anterior, en Hyde Park, a Christian Reed.

¡También Christian Reed se encontraba allí!

¡Tenía las manos atadas a la espalda y una soga alrededor del cuello!

¡Los tipos se disponían a ahorcarle!

—¡Papá...! —chilló angustiosamente Caroline, delatándose ella y delatando también a Steve y Larry.

—¡Caroline! —exclamó Christian Reed, perplejo.

—¡Son ellos! —exclamó uno de los individuos, respingando con fuerza, al igual que sus compañeros.

—¡Vamos, Larry! —gritó Steve Connors, arrojándose sobre los tipos.

—¡Me los voy a comer crudos! —rugió Larry Dexter, saltando también sobre los individuos.

Empezaron a sonar chasquidos y a escucharse quejidos.

Steve y Larry repartían puñetazos como si tuviesen una tentadora comisión por cada pómulo que partiesen, cada tabique nasal que fracturasen, cada boca que destrozasen y cada mandíbula que desencajasen.

Eran dos auténticas furias desatadas, y no había manera de contenerles. Al menos, los cuatro individuos que pretendían linchar a Christian Reed no encontraron el modo, y en solo unos minutos se vieron en el suelo, las caras ensangrentadas, los cuerpos magullados... Los cuatro perdieron el sentido.

—Se acabó, Larry —dijo Connors.

—Qué pena, ¿verdad? —suspiró Dexter—. Ahora que empezábamos a tomarle gusto a la pelea, va y se termina.

Se volvieron ambos hacia Christian Reed.

Caroline le había quitado la soga del cuello y desatado las manos. Padre e hija permanecían abrazados.

—¿Se encuentra usted bien, señor Reed? —preguntó Connors.

—Sí, muchachos. Y es gracias a vosotros. Estos hombres iban a ahorcarme... —respondió Christian Reed.

—¿Por qué? —inquirió Dexter.

—Por la misma razón que ahorcaron a Charles Moore, el anterior dueño del castillo: para revivir la leyenda negra que pesa sobre este castillo. Según ella, todos los propietarios que tuvo el castillo, fueron obligados a ahorcarse por los espíritus malignos que habitan en él. Estos hombres secuestraron hace dos noches a Charles Moore, lo trajeron aquí, y lo ahorcaron. Anoche, en Hyde Park, intentaron secuestrarme a mí. Y lo hubieran conseguido, de no ser por vosotros. Esta mañana lo intentaron de nuevo, con éxito, y me trajeron aquí. Si hubieseis tardado unos minutos más en aparecer, me hubierais hallado muerto, colgando junto a Charles Moore...

—Qué horror... —musitó Caroline.

—¿Qué iban a ganar estos tipos haciendo revivir la leyenda, señor Reed? —preguntó Connors.

—Son una pandilla de indeseables. Llevan algún tiempo dedicándose al robo, al secuestro, a la violación de indefensas muchachas... Un día, por casualidad, descubrieron la existencia de este castillo y la leyenda que pesaba sobre él. Ellos no creen en espíritus malignos, y decidieron dar una ojeada al interior del castillo, cuya puerta no les fue difícil forzar. Descubrieron este pasadizo secreto, y pensaron que mejor escondite que este no encontrarían en toda Inglaterra, así que decidieron abandonar el viejo caserón que les servía de guarida y se trasladaron aquí. Para dar mayor veracidad a la leyenda, se confeccionaron unos disfraces de esqueleto. Con ellos os asustaron a vosotros.

—¡Y no sabe cuánto! —exclamó Dexter.

Christian Reed sonrió.

—Sois muy valientes, muchachos. Y tú también, Caroline. A pesar del susto que os llevasteis, tuvisteis el valor suficiente para volver.

—Steve sospechó que se trataba de seres de carne y hueso, no podía admitir que fuesen esqueletos vivientes —explicó Caroline—. Larry y yo teníamos nuestras dudas, pero él supo convencernos y volvimos los tres.

—Justo a tiempo para salvarme la vida.

—Sí.

—Como agradecimiento, Steve, Larry y yo seremos socios en el negocio que voy a montar.

Dexter dio un respingo.

—¿Es que sigue pensando en convertir el castillo en un parador de turismo...?

—Naturalmente, Larry —asintió Christian Reed.

—¡No cuente conmigo!

Connors le pegó un codazo.

—Cuente con los dos, señor Reed —dijo.

Christian Reed rio.

—Larry, en este castillo no hay espíritus malignos. Confieso que yo también tenía algo de miedo, porque Charles Moore tenía mucho, y me pegó parte del suyo. Por eso no me había decidido todavía a poner los pies en el castillo. Ahora, sin embargo, ya no siento ningún miedo. Es más: me parece ridículo sentirlo. Estamos casi en el siglo XXI, y creer en espíritus malignos, a estas alturas...

De pronto, Caroline exclamó:

—¡Uno de los tipos se está despertando!

Connors y Dexter se volvieron al instante.

—Atémosles a los cuatro, Larry —indicó Connors—. En aquel rincón hay cuerdas.

—¿Y luego...? —preguntó Dexter.

—La policía se encargará de ellos.

EPILOGO

L

A policía de Hull, la ciudad más próxima a Sutton, se hizo cargo de los cuatro individuos, tras haber sido informada con todo detalle por Christian Reed, Steve, Larry y Caroline.

El cadáver del infortunado Charles Moore fue sacado del castillo en una ambulancia.

Steve, Larry, Caroline y su padre cenaron en la taberna de Rex Cooper, donde se quedaron los cuatro a pasar la noche.

Caroline se había metido ya en la cama, sin camisón, porque no había traído ninguno consigo, cuando llamaron suavemente a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó, aunque lo sabía perfectamente.

La puerta se abrió silenciosamente y Steve Connors penetró en la habitación, cerrando tras de sí.

—¿Puedo pasar, Caroline?

—Ya lo has hecho.

—Si quieres que me marche...

—¿A qué has venido? —preguntó ella, sentándose en la cama. Sostuvo la ropa de la misma contra su pecho desnudo, quedando al descubierto sus redondos hombros, de piel rosada y suave.

Connors miró fugazmente hacia la silla sobre la que descansaba la ropa de la muchacha. Incluida la interior.

—Quiero hablar contigo, Caroline —carraspeó.

—¿De qué?

—De ti y de mí.

—Un tema muy interesante —sonrió ella, con ironía.

Connors se acercó a la cama y se sentó en ella. Tomando una de las manos de la muchacha, confesó:

—Estoy enamorado de ti, Caroline.

—¿De veras?

—Sí. Y si no temiera que pensaras que solo busco tu dinero, te pediría que te casases conmigo.

—¿Mi dinero...?

—Sí.

La joven sonrió maravillosamente.

—Me parece que tú no eres de esos, Steve.

—No, te juro que no.

—Y yo te creo.

—¿Me quieres también, Caroline? —preguntó Connors.

Ella soltó la ropa de la cama y le echó los brazos al cuello.

—Sí, yo también te quiero, Steve.

Connors carraspeó.

—Caroline... —murmuró, observando el busto femenino, que había quedado totalmente visible, al soltar ella la ropa de la cama.

—¿Qué?

—Estás sin nada...

—Sí, olvidé traerme el camisón —sonrió maliciosamente ella, y unió su boca a la de él.

Steve Connors rodeó la desnuda espalda de Caroline Reed y se aprestó a colaborar en el apasionado beso.

Mientras tanto, en la habitación contigua, Larry Dexter se había decidido a pulsar el timbre que tenía junto a la cama.

No había transcurrido todavía un minuto, cuando la puerta se abrió y la pelirroja Lorena asomó su atractivo rostro por el hueco.

—¿Llamaba usted, Larry? —preguntó, sonriente.

—Sí, Lorena. Entra, por favor —rogó Dexter, que estaba sentado en la cama, el torso desnudo, aunque llevaba puesta la gorra.

Lorena entró en la habitación, cerró la puerta, y se acercó a la cama.

—¿Necesita alguna cosa, Larry?

—Compañía.

—¿Compañía...?

Dexter tomó una de las manos de la pelirroja y tiró de ella, obligándola a sentarse en la cama.

—En El Castillo de los Ahorcados pasé mucho miedo, Lorena.

—Lo sé.

—Tengo los nervios hechos puré, y no logró conciliar el sueño.

—Es perfectamente comprensible.

—¿Te importaría quedarte conmigo, Lorena?

—¿Toda la noche? —preguntó ella, sonriendo con malicia.

—Hasta que me duerma —carraspeó Dexter.

—De acuerdo, le haré compañía.

—Eres un ángel, Lorena —sonrió Dexter, tomándola por los hombros

—. ¿No te molestarás si te doy un beso?

—Algo tenemos que hacer hasta que se duerma, ¿no? Dexter rio.

—Sí, claro —dijo, y buscó los labios de la pelirroja.

Ella le apuntó a la cabeza.

—¿Es qué piensa hacer el amor con la gorra puesta...?

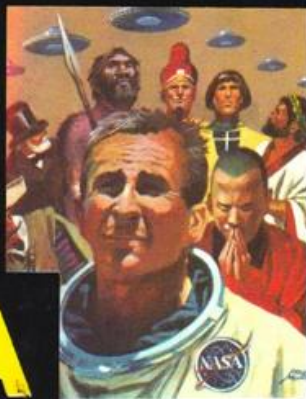
Larry Dexter volvió a reír.

—También ella tiene derecho a divertirse, ¿no? —repuso, y acto seguido le selló la boca con un ardoroso beso.

F I N

APASIONANTES
TEMAS
PARA EL
MUNDO
DE HOY

BIBLIOTECA RAPIDA



Pídalos en su kiosko habitual

LA REENCARNACION.
LUTERO.
LA NIGROMANCIA.
DRACULA.
BRUJOS E ILUMINADOS.
EN TRANCE.
LAS HUELLAS DE
LA MALDICION.
HISTORIA DE LA C.I.A.
LA PENA DE MUERTE.
VAMPIRISMO.
FUEGO PURIFICADOR.
VISITAS COSMICAS.

EROTISMO EN
LA MITOLOGIA.
LA DEMENCIA INCIPIENTE.
LUZ Y TINIEBLAS.
EL JUICIO FINAL.
VUDU.SANTERIA
MACUMBA.
VISION MEDIUMNICA.
EL F.B.I.
HOMOSEXUALES
Y LESBIANAS.
EL HORROR NAZI.
LA HONORABLE TRATA.

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. 30 PTS.